Trasegar utópico en América Latina

Trasegar utópico en América Latina:
Propuesta emancipatoria en Horacio Cerutti Guldberg

Trabajo de grado

Daniel Alejandro Clavijo Ramírez

Cod. 2177707

Universidad Santo Tomás

Facultad de Filosofía y Letras

Maestría en Filosofía Latinoamericana

Bogotá, Mayo 2018

Dedicatoria

A todo ser humano que desde donde se encuentre, en cualquier parte del mundo, sea capaz de pensar en la conformación de una realidad social justa, digna e igualitaria. Construida con y desde el otro.

Agradecimientos

A todos aquellos que caminaron junto a mí en este gratificante trasegar académico, en compañía del maestro Leonardo Tovar, para él toda mi gratitud y profunda admiración. A mi familia por motivar en mí la vocación inculcada en los caminos académicos. A mi madre, quien condujo y formó sueños y anhelos, debelando la necesidad de cambio en una sociedad desprovista de justicia e igualdad. A Amadeo, maestro incondicional en todos los aspectos de mi vida, quien dejó unas huellas trazadas para continuar construyendo utopías. A mi compañera de camino y de vida Xiomara, por la constancia, paciencia, dedicación y guía en todo este proceso; enseñándome con esto, que “en la calle codo a codo somos mucho más que dos”.

A todas y todos, gracias.

Resumen

Esta investigación surge de la necesidad de analizar las propuestas, avances y retrocesos que ha tenido la categoría de utopía a nivel conceptual, su surgimiento y aplicación; pasando por diferentes momentos históricos, desde el renacimiento hasta la actualidad, contando tanto con adeptos como retracts; por lo que se pretende analizar las principales categorías para su comprensión.

La mirada se centra en el autor Horacio Cerutti Guldberg, quien realiza un análisis sustancioso del concepto y lo aplica al contexto como ente movilizador de praxis política, para generar procesos emancipatorios en diálogo con diversas propuestas. Su lectura de la utopía se contrasta con la de Darío Botero Uribe.

Palabras claves: Utopía, distopía, emancipación, praxis política, Latinoamérica.

Tabla de contenido

Dedicatoria.....	II
Agradecimientos.....	III
<i>Resumen</i>	IV
Introducción	- 6 -
Capítulo I.....	- 8 -
Revisión crítica del concepto de utopía. Las distopías como elemento clave en reflexión .-	8 -
<i>El rastro histórico, entre el renacimiento y la modernidad</i>	- 8 -
<i>Ideología y esperanza en la utopía</i>.....	- 12 -
<i>Distopía y crítica a la utopía. Una lectura de la realidad</i>	- 17 -
Capítulo II.....	- 29 -
Utopía en Horacio Cerutti Guldberg. Elaboraciones conceptuales, políticas e históricas en torno al concepto de utopía y su función emancipatoria.....	- 29 -
<i>Usos y sentidos del concepto</i>	- 29 -
<i>La función emancipatoria de la utopía</i>	- 37 -
<i>De Bolívar a Mariátegui: Resistencia y emancipación</i>.....	- 41 -
<i>La formalización del pensamiento, construcción de nuevas utopías</i>	- 47 -
Capítulo III.....	- 53 -

El modelo utopista de Darío Botero Uribe. Aportes y complemento a la utopía en Horacio

Cerutti Gultbert - 53 -

Pensamiento utópico en Darío Botero Uribe - 53 -

El proyecto antropológico - 59 -

Conclusión: Encuentros y desencuentros Botero Uribe- Cerutti Guldberg..... - 68 -

Referencias..... - 84 -

Introducción

El proyecto emancipatorio en América Latina resulta relevante al momento de realizar cualquier tipo de análisis de carácter social o político. Dicho proyecto se ha nutrido a través de los tiempos y se ha manifestado con diferentes matices a lo largo de la historia en el continente. El esfuerzo en la búsqueda de una identidad propia y liberadora, develan las problemáticas siempre presentes en el territorio, que lejos de apaciguar los ánimos, alientan a continuar en la búsqueda de posibles cambios y nuevos planteamientos que den respuesta a la realidad de los pueblos latinoamericanos.

Es así, como siguiente trabajo investigativo, propone analizar la categoría utopía a partir de la reconstrucción del concepto elaborado por el filósofo argentino-mexicano Horacio Cerutti Guldberg, su trasegar en la historia del pensamiento y su aporte en el campo filosófico; centrando la atención en el desarrollo latinoamericano. El problema que subyace se pregunta por el papel de la utopía en América Latina y su propuesta emancipatoria en el territorio.

Los hechos latinoamericanos llevan a reconocer, asumir y transformar la realidad política, económica, social, cultural, en la que se desarrolla la misma historia. Poder brindar la posibilidad de pensar en un mañana, ya no ilusorio, sino realizable, lleva por los caminos de los cuestionamientos frente al quehacer latinoamericano, de los cuales surgen múltiples salidas y cambios en una época de universalismos, globalización y seguridades epistémicas. Pero resulta evidente que no todos los autores y no en todos los tiempos las lecturas han sido elevadas en el mismo sentido, por lo tanto, se hace necesario escuchar a quienes alimentaron las discusiones que hoy día se prestan para análisis de la realidad latinoamericana.

Para tal propósito, es importante centrar la reflexión en torno al pensamiento utópico expuesto en las últimas décadas y la recepción de estas en Latinoamérica; sin dejar de lado la conceptualización histórica del término como punto de partida; al igual que las interpretaciones de aquellos que ven en la conciencia utópica, el camino seguro hacia un fin apocalíptico de la humanidad.

Así, el recorrido que si sigue, refiere a los objetivos planteados para el desarrollo de la propuesta que en términos generales lo que busca, es analizar los aportes realizados en Latinoamérica en

torno al concepto de utopía como referente emancipatorio, para aportar a las discusiones respecto al concepto y su importancia en la actualidad como propuesta. Dilucidando de esta manera, cómo se llegará a una apropiación del concepto que brinde propuestas de contexto actual partiendo de la utopía. Teniendo en cuenta esto, se hace necesario esbozar el recorrido discursivo del presente trabajo investigativo.

En un primer momento se contará con la contextualización del concepto de utopía en términos históricos, desde diversas posturas y autores que han nutrido el tema en sus inicios. De igual forma, se tendrán en cuenta los argumentos expuestos en contra de la utopía, las diversas críticas lanzadas hacia la ella, finalizando con el análisis contrario, la distopía.

El un segundo momento, se identifica en el pensamiento de Horacio Cerutti Guldberg, las reflexiones y aportes al concepto de utopía para comprender lo acontecido en América Latina, que debido a su estudio con respecto a la historia de las ideas latinoamericanas, forja un pensamiento clave en el desarrollo de utopías como propuestas emancipatorias. Al igual, se realiza un análisis frente a los aportes brindados por quienes vieron en la utopía y sus diversas manifestaciones, la posibilidad de encaminar los rumbos del territorio latinoamericano, pasando así, por los protagonistas de la reflexión y su accionar, como vivo ejemplo de la importancia de las luchas emancipatorias en el territorio.

En un tercer momento, se presenta al filósofo colombiano Darío Botero Uribe, como interlocutor clave para la construcción de diálogo, con su propuesta alterna del pensamiento utópico y propuesta antropológica. Se concluye con los puntos de encuentro y desencuentro, referentes al autor Horacio Cerutti Guldberg, nutriendo las diferentes posturas presentadas hasta el día de hoy en Latinoamérica, concernientes a la utopía y las propuestas emancipatorias.

A través de este recorrido y en relación con los dos últimos autores nombrados, se busca profundizar en la utopía como concepto movilizador de la historia y posibilitador de cambio; que si bien, es nombrado como aquello que se muestra en el horizonte del pensamiento, se hace necesaria la conceptualización del mismo, en términos de movimiento liberador y constructor de

realidades que permitan un caminar seguro hacia la emancipación, ya no propiamente latinoamericana, sino como concepto universal urgente para los pueblos oprimidos.

Capítulo I

Revisión crítica del concepto de utopía. Las distopías como elemento clave en reflexión

La utopía es
siempre crítica, porque expresa un derecho humano fundamental
que es el derecho a disentir.
Horacio Cerutti Guldberg

La utopía ha acompañado las reflexiones de pensadores inquietos desde sus orígenes por apartar la realidad que no es confortable, no solamente para ellos, sino para el grueso de la población que, al tener una visión humana, revela las falencias presentes en una sociedad. Por ende, la utopía pone en cuestión la necesidad de movilizar procesos que generen cambios, en sentido real de los hechos.

Pero ¿qué sucede entonces con aquellos gestos de cambio que no favorecen a la población en general y que por el contrario posibilita la consecución de fines individuales impositivos?

Dichas cuestiones empañan el camino de quienes se proponen tomar como punta de lanza la utopía dentro de sus reflexiones, pero no por eso se deben dejar de lado en los análisis dispuestos para vislumbrar la realidad, sus problemáticas y las posibilidades de cambio.

El rastro histórico, entre el renacimiento y la modernidad

Es Tomás Moro, quien acuña el término y lanza la semilla que dará frutos en las generaciones posteriores en su texto *Utopía* (1516). El pensamiento utópico presentado por el autor refiere a un tipo de sociedad en el que el bien público está por encima del particular y con esto trazar los caminos hacia la felicidad. Utopía, se presenta como un texto referente a aquella isla en la que se encierra todo un imaginario social, político, económico y cultural en torno a la vida de los habitantes de Utopía, configurando una mentalidad en la que un buen vivir se expone de manera

espontánea en un territorio específico. “Su pluma ataca, uno tras otro, el despotismo de las monarquías, el servilismo de los cortesanos, la venalidad de los cargos públicos, la obsesión de las conquistas, el lujo y la injusticia de nobles y monjes al parigual” (Moro, 1975 p, xxv).

El relato de Tomás Moro, obedece a un contexto en el que se quiere y se sueña una realidad diferente a lo presentado hasta el momento, lo cual refleja el ideal de los seres humanos a plantear siempre algo mejor, acorde con sus necesidades y objetivos propuestos, con un ideal de justicia e igualdad, el cual, nunca se ha hecho presente en ningún estado de la historia, incluso haciendo referencia al presentado por el mismo Platón en la República (380 a.C), en el que los esfuerzos del estado están guiados en pro de una pequeña parte de la sociedad que resulta ser privilegiada.

La utopía, bien se va formando en pequeños pasos, partiendo de la idea de que todos y cada uno de los habitantes de una nación, se vean privilegiados de manera igualitaria por lo acontecido en ella, lo que resulta, como una fuerte crítica a lo acontecido en los países europeos de la época. Tomás Moro, se presenta como uno de los pensadores más críticos y liberales; quien, en pleno siglo XVI y siendo una figura políticamente reconocida, problematiza su realidad y revela las desigualdades sociales. Los anhelos, idealizan una nación completa, su funcionamiento político, social, económico y el mismo actuar de los habitantes que centran sus esfuerzos en la consecución de fines comunes.

El panorama para Occidente se amplía con el descubrimiento de América; el Nuevo Mundo propone un futuro promisorio, en el que se establezcan formas diferentes a las ya presentadas en el -ahora- Viejo Continente. Las posibilidades de plantear un rumbo distinto en dicha parte del globo ponen de frente los ideales y anhelos con los que sueña. Cuestionar el orden establecido y comprender sus fallas, hacen pensar en un modelo diferente de organización política y social de una nación.

Así, la reflexión, se presenta como pieza clave para plantear el pensamiento utópico dentro de una sociedad. Si bien su obra y la misma palabra con la que la titula atañe a lo no existente, a lo soñado e ideal, lejos de ser desesperanzadora, exterioriza un inconformismo a lo presente, a lo actual que

se muestra como determinado y alienta a los espíritus libres a configurar posibles salidas que mejoren la realidad actual, con esto a plantear cambios sociales de peso.

La obra de Tomás Moro, es tenida en cuenta como pilar para las nacientes críticas sociales adelantadas en Occidente. Desde el mismo siglo XVI, pensamientos y formas de organización política como los adelantados por el socialismo, cuentan con el impulso de demoler y destruir lo establecido y plantear nuevamente otro tipo de orden que sea justo e igualitario.

El Renacimiento, como época generadora de cambios también promovió entre sus pensadores la solución a los grandes descalabros por los que atravesaba Europa; guerras, declives culturales, crisis económicas entre otras, sepultaba cada vez los anhelos del buen vivir, presentes en alguna de sus épocas anteriores. Pero no fue, sino hasta la conquista de América -a finales del siglo XVI- cuando se vislumbró la posibilidad de otras tierras donde se podía comenzar de nuevo; conformar sociedades perfectas e incorruptibles dejando atrás aquellos males que aquejaban al ahora viejo continente.

Diversos son los autores que apuntan a las reflexiones utópicas como posibilidad de cambio a nivel social a lo largo de la historia, todos y cada uno de ellos con anhelos de diversos según su postura y visión del mundo que los rodeaba. Es el caso del pensador inglés Francis Bacon, quien empodera el papel de la ciencia, como su principal motor movilizador de cambio en una sociedad desgastada por las viejas prácticas de poder y habidas de cambios organizacionales a nivel social que propaguen el estudio de las ciencias y su tecnicidad. Estando esta, al servicio neto del hombre y de su progreso social.

Si bien, Francis Bacon en su libro *La Nueva Atlántida* (1626), recoge los supuestos planteados por Platón siglos atrás; ve la posibilidad de realización en una nueva tierra, la sociedad perfecta impulsadora de los mejores adelantos científicos. Dichos planteamientos fueron bien recogidos por los positivistas de la época, quienes vieron con buenos ojos los impulsos tecnológicos como avance de la sociedad actual. Pero fueron también altamente criticados por sectores críticos, quienes veían en los adelantos científicos la deshumanización del hombre y la pérdida de su fuerza de trabajo. Aportando como críticas, la idea que una parte del éxito de dicha utopía se centraba en

que la dirección del proyecto debía estar concentrada en unos pocos para garantizar con esto, la conquista del hombre con respecto a la naturaleza.

Contrario a lo anterior y continuando con el rastreo, parecen importantes los aportes del pedagogo checo, Jean Amos Komensky-Comenio, quien, a mediados del siglo XVII, ve la necesidad de plantear en su texto *Didáctica Magna* (1657), la importancia de una pedagogía que otorgue a todos los sujetos una formación integral en los temas fundamentales del saber, explicando las bases del conocimiento; para con ello, dar cuenta de su realidad.

Los planteamientos de Jean Comenio son altamente revolucionarios al tener en cuenta que la enseñanza debe ser para todos por igual y no para unos pocos, tal como sucedía en la Europa de la Edad Media, extendiéndose hasta su época. Además de lo anterior, también se planteaba la obligación que tenía el Estado al hacer de la educación un elemento gratuito y por lo tanto subsidiado garantizado por él. Así, la utopía planteada por Jean Comenio demuestra la posibilidad de realización en dicho caminar hacia los fines comunes, aunque resulta innegable, que falta unir esfuerzos para lograr la realización total expuesto por el autor.

Por otro lado, si se quiere evidenciar los alcances de la utopía en términos literarios, se puede nombrar autores tales como el inglés Daniel Defoe y el irlandés Jhonatan Swift, quienes en sus textos: *Robinson Crusoe* (1719) y *Los viajes de Guliver* (1726) respectivamente, muestran los anhelos de generar una posibilidad diferente a la sociedad europea del siglo XVIII. Sus textos, muestran puntos de idealización diversas, en donde se develan a su vez, los intereses individuales de consecución de fortuna en un mundo reconquistado.

Pero no es hasta el siglo XIX que se vive una época interesante y de provecho para los cambios políticos; aquí resurge el concepto de democracia operante en las sociedades europeas, al mismo tiempo llega la industrialización con todas las novedosas y llamativas noticias para un mundo que se encontraba ávido de cambios.

En este punto el pensador francés Saint-Simón, encuentra elementos claves para realizar su crítica a las sociedades industrializadas y avisa una crisis del humanismo que parece inevitable. Los

anhelos de Saint-Simón, giraban en torno de la consecución de una sociedad equitativa, igualitaria, que lograra desarrollar en paz el progreso de la sociedad en común, por ende, son las clases menos favorecidas lo que lo lleva a realzar el llamado a los diferentes sectores de la sociedad, y así lograr un orden justo.

A esto se le suma el esfuerzo de Karl Marx, por proponer un orden social diferente, que no esté gobernado por la burguesía y ponga a los obreros al frente del control político, económico y social. La fuerza de trabajo debe ser reivindicada como postura ontológica de realización del ser del hombre en el trabajo, por lo tanto, ningún hombre debe ser explotado por otro. Pero al ser esta la realidad de la época se hace necesario plantear un cambio en el orden social establecido.

Los aportes al tema de la utopía han propiciado espacios donde se permite imaginar una realidad diferente a la actual, al saber que esta no es favorable. Las dinámicas mismas de los siglos XIV al XIX aportaron de manera significativa para generar cambios reales de los contextos sociales, económicos y políticos.

Ideología y esperanza en la utopía

El siglo XX trae consigo un vasto recorrido histórico con diferentes vivencias y construcciones sociales, las cuales aportan contextos y diversas lecturas frente a lo acontecido y su situación actual. Los anhelos de encontrar una estabilidad justa e igualitaria en términos sociales, hace que no cese la búsqueda conceptual y su aplicación real en los contextos que se ven afectados de una u otra manera. Pero junto a ellos, se devela también la desesperanza al ver cómo los intereses individuales se anteponen al bienestar general.

De esta manera y luego de un esbozo del recorrido por algunos aportes a la discusión, nos encontramos con el pensador húngaro Karl Mannheim, quien en su texto *Ideología y utopía* (1936), realiza un recorrido histórico del concepto y cómo este ha influido en la construcción de las sociedades modernas y contemporáneas.

La ideología y la utopía son conceptos claves para el desarrollo y el entendimiento de las sociedades modernas. Su comprensión se basa en la manera en la que los dos conceptos se desarrollan de igual forma sin subordinar el uno al otro. La ideología aparece pues como el término que de una u otra manera legítima lo establecido y la utopía como aquello por lo cual se presentan cambios en una sociedad, siendo esta el motor que permite demoler lo ya instituido.

Pero la cuestión, no es tan sencilla como se quiere mostrar. Karl Mannheim diferencia entre dos tipos de ideologías: una particular y la otra general, a saber: “El concepto particular de “ideología” implica que el término expresa nuestro escepticismo respecto a las ideas y representaciones de nuestro adversario”. (Mannheim, 1993, p. 49).

Se encubren de una u otra manera la realidad de una situación, dichas particularidades, se entrecruzan por los caminos consientes y semiconscientes del engaño al otro y de uno mismo. Esta concepción de ideología particular no suele ser tan diferente a la noción de mentira, que solamente se devela al contraponerla con el concepto total de ideología. “Nos referimos aquí a la ideología de una época o de un grupo histórico- social concreto, por ejemplo, de una clase, cuando estudiamos las características y la composición de la total estructura del espíritu de nuestra época o de este grupo” (Mannheim, 1993, p. 49).

Las cuestiones comunes entre una y otra, suelen ser la falta de comprensión al no confiar en lo enunciado por el otro, ya sea, a nivel particular o total de un grupo. No se tienen en cuenta los sujetos enunciantes, sino sus condiciones sociales y de contexto. Al ser de esta manera, el análisis frente a las ideas de las personas se realiza sin desprender de ellas sus condicionantes de contexto.

Lo anterior se muestra, como aquello que une las dos concepciones de ideología, pero los elementos que las diferencian son igualmente visibles y aportan al análisis conceptual en cada una de ellas. En términos del concepto particular de ideología, si en caso de una discusión se evidencia que alguno falta a la verdad, esto se puede aclarar aludiendo a los conceptos objetivos y comunes de validez. Mientras que, bajo la concepción total, se entra a cuestionar la totalidad del sistema o de época más aún cuando se es diferente a la propia. Las cuestiones particulares llevadas a las

discusiones, solo una pequeña parte de ellas son enjuiciadas como ideologías; mientras que la totalidad cuestiona la concepción del mundo.

En relación con esta diferencia, la concepción particular de ideología se aplica principalmente a una psicología de los intereses, en tanto que la concepción total emplea un análisis funcional más formal, sin referencia alguna de las motivaciones, concretándose a una descripción objetiva de las diferencias estructurales de las mentalidades que operan sobre una base social diferente. (Mannheim, 1993, p. 51).

De este modo, la segunda admite que debe existir algún tipo de relación entre la situación social y la perspectiva del sujeto. Con esto, lo que ocurre es el desplazamiento de la perspectiva psicológica del sujeto hacia un conocimiento pleno. Desde el contexto mismo de su obra, Mannheim plantea la posibilidad de la utopía dirigida al cambio, como una propuesta justa y honesta a lo establecido en la época. Las diferentes ideologías desarrolladas en los años treinta del siglo XX, muestran una necesidad profunda de cambios, los cuales ya no son discutidos únicamente en los países que se encuentran en el campo de batalla, sino que son tratados por el mundo en general, por todos y cada uno de los sujetos que ocupan un territorio.

La utopía cumple con su cometido, permitir soñar con un futuro diferente, vivenciar cómo el orden establecido se presenta fallido, que no abarca las expectativas para el desarrollo de la sociedad bajo el precepto de justicia; son alicientes para imaginar y planificar un cambio, pensar en un futuro propuesto a otros niveles, permitir que el sujeto camine hacia ellos.

Ahora bien, para Mannheim, la utopía se encuentra en estrecha relación con lo real. Es decir, no se puede tener o exponer el concepto, si no se puede hacer presente como vivencia. Con esto es eliminando la concepción de lo utópico como lo no realizable o lo no existente, abriendo el camino a múltiples lecturas de la realidad en contextos específicos y con necesidades existentes, que a su vez, trascienden la realidad para cuestionarla y destruirla, bien sea parcial o totalmente. La utopía, al proponer un cambio a lo establecido, trasciende la realidad en la cual se encuentra. Diversos han sido los momentos y las épocas en los que se han dado cambios en la realidad, en los que se presentan acontecimientos que irrumpen en el orden planteado y destruyen los existentes; pero la

utopía debe ir más allá e irrumpir de igual manera en los límites propuestos por la realidad que, en dado caso, debería cambiar.

Los esfuerzos, por mostrar la utopía como elemento esencial de cambio social, hace que se entrelace y sea necesario también poner atención a conceptos tales como ideología, realidad, existencia, los cuales obedecen a épocas determinadas con necesidades específicas. Así, con la Modernidad, se entiende que las incongruencias anteriormente acaecidas, cesan y, por lo tanto, lo ya planteado por aquel pensamiento utópico, debe ser repensado llegado el caso de encontrar de nuevo en la época algún desfase con respecto a lo establecido.

A dicho análisis histórico del concepto, se le suman los aportes del alemán Ernst Bloch quien, a lo largo de su trayectoria académica, trabaja de manera dedicada el concepto de utopía y revela cómo éste, se manifiesta en la realidad de las naciones carentes de garantías para lograr el bienestar de los ciudadanos. En el texto titulado *El principio esperanza* (1959), Ernst Bloch, hace énfasis especial en que no hay que pensar en un aplazamiento de los cambios necesarios para lograr un proyecto diferente al establecido, sino que este se hace evidente en las naciones, por medio de las manifestaciones de resistencia demostradas por los pueblos víctimas de dichas opresiones.

Es así como se crea una utopía, de especie singular, una utopía que vaga libremente, pero que, sin embargo, permanece fiel al mundo, y de cuyo sueño de transformación procede la producción poética; un mundo, éste de la producción poética, al que se dirige sin desilusión (Bloch, 1959, p. 78).

Si bien la utopía tiene su origen en algo que se piensa, se hace presente a su vez en la realidad. Todo proyecto cuenta con una etapa anterior a su realización y es esta misma la que permite soñar en lo que acontece, posibilitando en primer lugar, la crítica a lo actual; en segundo lugar, develando el camino a seguir, entendiendo la utopía, como apertura frente a las posibilidades de cambio que se puedan brindar y, por último, permite analizar los medios latentes en la realidad, inmersos en las manifestaciones culturales de los pueblos (Bloch, 1959).

Para Ernst Bloch, la función utópica sirve de aliciente para lograr el cambio propuesto de las situaciones que se enmarcan en el sufrimiento de un pueblo a causa de las injusticias sociales. Pero la propuesta no limita a la utopía a un papel meramente expectante, separado de la realidad; es ella misma quien devela, plantea y ejecuta el proyecto liberador de los pueblos. Y es que la utopía concreta se deslinda tan claramente de la abstracta, como, a su vez, honra su vida fronteriza y su viaje por el sueño soñado despierto.

La utopía, demuestra en su interior, un impulso de realización que moviliza a los sujetos y a las sociedades en la consecución de dichos anhelos, manteniendo a su vez, viva la esperanza y el conocimiento de las condiciones que hacen parte de la realidad en la que se encuentran inmersos. Es decir, la esperanza mantiene aquel cambio de lo actual, que se quiere lograr como propuesta al estatus quo impuesto. Dicho concepto, permanece en las manifestaciones culturales de un pueblo en las que se presenta una visión de futuro que dilucida su caminar. La utopía, en este sentido, no se muestra conforme con los cambios realizados en la realidad, así que la fuerza jalona siempre hacia la consecución de una versión de la realidad mejorada, que no se presenta en otro espacio ni en otro lugar, que no sea el actual.

Para Ernst Bloch, los sueños tanto diurnos como nocturnos, son dispuestos por el deseo y la se nutren de las ansias de realización y proyección hacia el futuro. El deseo es un impulso con sentido, solamente desear una situación implica elección y avance activo hacia el ideal. “De manera esquemática podemos sintetizar este proceso hacia la acción en el siguiente orden: impulso-deseo-querer-hacer” (Cordero, 2016, p. 3).

Las acciones de los sujetos son motivadas por el deseo y es éste, el principal generador de cambio; se podría afirmar que, lo único que no cambia es el anhelo de cambio. Lejos esto de ser un capricho, aquella aspiración emana desde lo más profundo la crisis real en la que se encuentran los sujetos que sueñan y procuran un cambio. Así, la esperanza y la razón se entrecruzan para gestionar una imagen mejorada de lo que se presenta; el deseo de ello implica a su vez un trabajo efectivo para su realización. Es así como se vienen presentando diferentes estudios al respecto, los cuales desde espacios diversos continúan aportando a la discusión.

A su turno, el francés Paul Ricoeur ofrece un nutrido estudio sobre la utopía en el siglo XX. Sus conferencias dictadas al respecto, recopiladas en su texto *Ideología y utopía* (1989), ilustran de manera clara, cómo se ha venido trabajando la temática desde diferentes pensadores, que han realizado los aportes y alentado los espíritus hacia los cambios necesarios en la sociedad.

El hecho de tratar la utopía en nivel de singularidad obedece también, a la falta de centralismo y unicidad que se puede dar entre las múltiples utopías de una sociedad, es decir, se exponen de una manera tan diversa los anhelos de cambio en las sociedades, que pareciera, que no se cuenta con la rigurosidad necesariamente clara para poder llevar a cabo un proyecto de altas proporciones.

Para Paul Ricoeur, la utopía se expresa como un sueño, pero este debe ser con un carácter sobresaliente, que impulsa, en un primer momento, al rechazo de lo presentado hasta el momento, gestando así, el cambio que se plantea como necesario en las sociedades. La utopía pues, mantiene un punto distante de la realidad, la trasciende y con esto supera todo obstáculo al que se pueda enfrentar. La pasión debe mantenerse viva entre los sujetos de una sociedad, los anhelos de cambio reúnen esfuerzos para llevar a cabo aquello con lo que en algún momento se soñó y se imaginó, con el elemento primordial de la realidad y de lo acontecido socialmente. Poner en la praxis aquello anteriormente planteado solo en la imaginación, debe ser la función utópica, la praxis social y política con la que se dibuja un presente promisorio.

Distopía y crítica a la utopía. Una lectura de la realidad

La universidad de Cambridge, cuenta con un compilado en su colección “The Cambridge Companion To Utopian Literatura” (2010) al respecto del término utopía en la literatura. Allí, se redacta de manera histórica los diferentes análisis al respecto del tema, en un segundo momento, acota la distancia que existe entre este y la distopía en su uso literario y la aplicabilidad en el cine; por lo que resulta un estudio detallado y enriquecedor al respecto. Pero su origen se remonta al filósofo inglés John Stuar Mill, quien en el año de 1868 utiliza el termino distopía por primera vez en un escenario académico. Cuya intención era, no ofrecer un análisis concienzudo del término, sino que fue lanzado para crear descontento entre las personas que acuñaban el término utopía, para planificar acciones de cambio en las diferentes naciones necesitadas de estos.

Bien podría parecer que las distopías, forman parte de la crítica formal al concepto de utopía, pero estas transitan por una delgada senda, casi imperceptible que, si no se cuenta con la sensibilidad apropiada, se confundirían la una con la otra. Las distopías hacen parte del género utópico; las cual se desprenden como contraparte a la literatura idealizadora, mostrando un panorama contrario al utópico, en muchos casos apocalíptico si se continúa caminando por los senderos poco racionales del desarrollo y consumo desmedido de la humanidad.

Dicho análisis se puede encontrar en obras tales como: El proceso (1928) del escritor Franz Kafka. Un mundo feliz (1932) del inglés Aldous Huxley y 1984 (1949) del escritor y periodista Indo-británico George Orwell; siendo esta la obra distópica más representativa del género. Las obras distópicas giran en torno a lo acontecido en la realidad, cada autor, describe su contexto y la visión que se tiene del mismo en sentido apocalíptico. Los hechos históricos, demuestran fácilmente que la humanidad no ha logrado controlar sus ansias de poder, soberanía por sobre todas las cosas, explotación de recursos, crecimiento desmedido, entre otros; lo que causaría un anunciado fin de la humanidad, no sin antes transmitir sobre ella todo desgaste y sufrimiento.

Los actos humanos, demostrados a través de guerras, imposiciones, totalitarismos, odio, guían por los senderos hacia la destrucción y la deshumanización. Las distopías al igual que las utopías, surgen a causa de una lectura de la realidad; las primeras, como desesperanza total en la humanidad y las segundas, apoyadas completamente en ella con la firme esperanza de lograr modificar la realidad actual, evitando así, lo enunciado por las distopías.

La descripción de las sociedades futuras, no son más que el reflejo de las condiciones actuales; cuando George Orwell en su obra 1984, plantea un futuro en el que los seres humanos están completamente vigilados, en el que nada se sale del control totalitario de “El gran hermano”, al punto de ser las siguientes frases las plateadas por el poder: La guerra es la paz, La libertad es la esclavitud, la ignorancia es la fuerza. (Orwell, 1949). Parecería una situación completamente alienada, fuera de toda racionalidad humana; pero de la cual no se está muy alejado. Bastaría, con analizar a groso modo, las políticas de los países autoproclamados desarrollados o potencias mundiales, con respecto a las imposiciones de poder frente a los países nombrados como

subdesarrollados; donde los niveles de cinismo para justificar actos de guerra se relacionan con la primera frase del estado descrito por George Orwell “La guerra es la paz”¹.

La opulencia que denota el mercado global, serían fiel testimonio de la segunda frase utilizada por el autor: “La libertad es la esclavitud”. Largas jornadas laborales, esclavizan al ser humano en cargos de producción de mercancías, las cuales son ofertadas en el mercado, el mismo que le brinda la sensación de libertad, pero que en verdad lo absorbe en un círculo vicioso de fuerza laboral a cambio de dinero para poder adquirir aquello que el mercado ya le hurtó, su libertad. Y por último, la frase planteada por George Orwell “La ignorancia es la fuerza”; desde la cual se justifican muchos de los poderes dominantes, dicha situación acoge a la humanidad y a todo su impulso creador. La ignorancia se establece como la columna vertebral que sostiene los poderes opresores en las diferentes naciones, logrando así el domino total de los intereses generales de la nación, acompañad siempre de una supuesta sensación de bienestar, lo que genera el poco interés hacia los posibles cambios en la sociedad.

Las realidades apocalípticas descritas por la distopía suelen estar en un futuro más próximo de realización al planteado por las utopías. Este hecho apacigua los ánimos y desalienta a los espíritus oprimidos, los aliena de tal modo que lo que se quiere y desea es que el final llegue pronto. El anhelo de la muerte suplanta al de cambio de la realidad, como si la vivencia fuera un castigo del cual se es víctima por situaciones ajenas a la voluntad. Pero algo que se demuestra claramente es el papel incansable de los seres que encarnan en la literatura al utopista, aquel que duda de lo presente y encuentra las fallas del sistema para planificar la acción que lleve consigo el cambio de la realidad opresora. Por lo tanto, el desarrollo dinámico de las obras literarias, posibilitan, múltiples lecturas e interpretaciones.

De una u otra manera, lo que se quiere lograr aquí, es poder realizar la lectura de las obras distópicas, no como la contraparte de la utopía, sino más bien, como aquella visión del mundo a la

¹ Caso específico lo acontecido en Medio Oriente por la lucha por el petróleo o las guerras e intervenciones militares en África por el control de sus minerales y el más cercano para nuestro contexto, la intervención militar para abrir paso al mercado de los recursos naturales de centro y sur América. Todos los anteriores con una plena desestabilización política estatal.

cual, si no se le presta la suficiente atención, si no se realiza el debido análisis de la realidad con la suficiente crítica y pulso; pueden llegar a suceder sin lugar a duda. Por lo tanto, las distopías, lejos de frenar el espíritu efervescente del utopista, genera en él el debido llamado de atención para imaginar, planificar y ejecutar las acciones necesarias para lograr un futuro promisorio, alejado de las posturas apocalípticas descritas por las distopías. Y es que no puede ser diferente el camino, las distopías generan el suficiente choque, para pensar en qué se tiene y qué es lo que verdaderamente se quiere y desea como sociedad.

Por lo que corresponde a la crítica formal de la utopía, esta se fundamenta en ver y analizar de manera negativa el hecho de imaginar, pensar y por lo pronto planear una realidad diferente a la dominante. Con esto se desvirtúa el papel histórico que juega la utopía y se niega la posibilidad de cambiar de rumbo y por el contrario seguir profundizando en sus contradicciones. Tal como lo trabajado por diversos autores.

Diversas interpretaciones han portado de cierto modo las reflexiones en torno a la utopía; las cuales, sin importar desde el punto al que se dirijan, advierten usos tanto positivos, como negativos. A saber: “El sentido habitual de la palabra se entiende por utopías las imágenes soñadas de mundos irrealizables, o sea, proyecciones de deseos inconsistentes, esperanzas ciegas y afanes irracionales” (Picht, 1974, p. 85).

Pero lo anterior, aborda la crítica de una manera contraria a lo que configuran los detractores de la utopía, no en términos de negación de la misma, sino con su espectro negativo dentro de las sociedades, advirtiéndole que al pretender un sentido de desarrollo social se pueden generar totalitarismos que desfigurarían su sentido positivo.

Karl Popper, es uno de los más destacados autores en los cuales se puede rastrear el concepto de antiutopía. Para él, la utopía se presenta inevitablemente como generadora de violencia en una sociedad; tal como lo expone en su texto *Conjeturas y Refutaciones* (1963), en el cual dedica un capítulo bajo el nombre de “Utopía y violencia”. Allí expone su firme convicción de rechazo frente a la problemática de la violencia representada por la época que aconteció su vida en la segunda guerra mundial.

La propuesta del filósofo austriaco Karl Popper rechaza la violencia ocasionada por el fascismo de Hitler, pero a su vez acepta el uso de las armas en contra de ese fascismo que mantuvo en jaque a gran parte del mundo. La violencia por supuesto, no es la razón para llegar a una solución de los conflictos, por el contrario, genera en sí misma la distorsión de aquello que se pensó como un bien para la mayoría de los ciudadanos; reivindicando de alguna manera la barbarie venidera.

Para salir de este evidente círculo en el que se convierte la violencia en más violencia, no hay otro camino -según Popper-, que la racionalidad en sentido de humildad intelectual. Lo anterior abre la posibilidad de un diálogo en el que se es escuchado el otro, sin necesidad de encontrar equívocos en alguna de las posiciones. Ahora bien, dicho ejercicio, no puede ser conducido por alguna de las partes involucradas.

Todos recordamos cuantas guerras religiosas se libraron en pro de una religión del amor y la suavidad; cuántos cuerpos fueron quemados vivos con la intención genuinamente bondadosa de salvar sus almas del fuego eterno del infierno. Sólo si abandonamos toda actitud autoritaria en el ámbito de la opinión, sólo si adoptamos la actitud autoritaria de toma y daca, la disposición de aprender de otras personas, podemos abrigar la esperanza de refrenar los actos de violencia inspirados por la piedad y el sentido del deber (Popper, 1991, p. 427).

En el desarrollo propuesto por Karl Popper, se resalta el racionalismo que acompaña sus reflexiones; pero él a su vez, identifica dos niveles o maneras de encaminarlo. El primero es la propuesta que surge de la escucha y el diálogo no autoritario, y el segundo es aquel que surge del pensamiento utópico.

El pensamiento utópico precisa los fines últimos a los cuales se espera llegar y esto muestra una ruta hacia la consecución del fin último. Para Karl Popper, esto resulta atrayente y por lo mismo genera peligro en una sociedad. Es válido desear ese fin último y vislumbrar el camino para llegar a él, pero ¿qué sucede si se quiere profundamente la violencia? Pues el resultado conllevaría a la consecución de aquello que se quiere. En el otro punto de la discusión se encuentra la posibilidad

de aquellos que no están de acuerdo con la violencia; cada una encaminada al fin propuesto por ellos mismos.

La batalla por medio del diálogo se puede llevar a cabo de la mejor manera, así el otro quiera y venere la violencia, desde que esta no se haga evidente en actos, se puede escuchar ambas partes y la racionalidad que le apunta al fin de la violencia podría ganar territorio. Pero, según Popper, la utopía que elige como último fin un Estado ideal, conllevaría a un momento de violencia posterior. Al tener en cuenta que, si bien se busca el mayor bienestar para todos, hay quienes no estén de acuerdo con aquello que se quiere conseguir o simplemente cuenta con planes distintos; es decir, quiere cumplir una utopía diferente. Así, aquella utopía que se quiera imponer como fin último tendrá que eliminar a las otras con un proyecto distinto.

Los objetivos de la utopía deben ser la base de la acción política y al encontrar en ella diversas posturas, es necesario que se imponga una sobre las demás posturas que busquen al igual un fin ideal. El camino hacia la consecución utópica del fin ideal es de largo aliento, lo que generaría una radicalidad aún más profunda en la que debe ser no solo eliminada en un primer momento, sino que también se seguirá trabajando para borrar cualquier vestigio de un proyecto diferente, en la memoria de las sociedades.

Bastaría con observar el fenómeno de las revoluciones en cualquier ideología. Los ideales adversos al proyecto que se denomine único, son eliminados de la esfera política y social. Gobiernos de derecha y de izquierda a lo largo de la historia lo han demostrado haciéndolo evidente en su actuar. Al ser un proyecto de largo aliento, se puede presentar un momento en el que los ideales cambien a causa de las raíces dejadas por los otros ideales; por tal motivo, el uso violento en contra de ellos se justifica en su actuar y la consecución de finalidades últimas.

El error radica pues, en fijar un objetivo final y luego avanzar hacia él; esto podría producir el cambio de mentalidad y sobremanera que en el caminar hacia ese fin, los intereses cambien atrasando el anhelado proyecto o simplemente transfigurándolo; cuestión que no se puede permitir dentro de la consecución de un fin último. Así, según Karl Popper, el uso de la violencia se presenta en mayor medida, para que no ocurra un cambio de mentalidad o se vea transformado el fin

propuesto. Se debe recurrir a la violencia para frenar cualquier postura diferente que demuestre en sí misma un cambio o que trunque de algún modo el proceso del fin utópico. Por lo tanto, el proyecto utópico se aleja de la idea de generar felicidad a los ciudadanos y se encamina hacia los presupuestos tiránicos con los que se garantizarían mantener un camino recto en sus intereses.

Karl Popper no centra su crítica en la negación de los proyectos políticos en una sociedad; lo que él critica, es el hecho de poner un ideal a futuro y caminar hacia él todo esfuerzo como único medio de conseguir un bienestar común; por lo tanto, propone que se mire y se trabaje en conjunto para eliminar de las sociedades concretas, los hechos concretos que en ella afectan, como la eliminación de la miseria, ingresos mínimos para la población, la eliminación del hambre y las enfermedades además de procurar una educación igualitaria.

Lo anterior, identificando la causa de los males en una sociedad y en segundo momento atendiendo como propuesta directa y no como fines a realizar el diálogo para convencer a los demás de la posibilidad latente que existe para cambiar aquello que los aqueja. No se puede olvidar aquello concreto por lo que se lucha y dejar a futuro un sueño que puede que se cumpla o no. Nadie debe ser sacrificado por los intereses de otro y es por esto, que se debe luchar conjuntamente, por los derechos que tienen unos y otros dentro de una sociedad. Centrar los esfuerzos conjuntamente en lo concreto y no en lo ideal. Es decir, no se debería juzgar los actos de los demás con sus consecuencias a futuro, sino juzgar aquello que se hace en el presente.

Ahora bien, en este punto cabría la pregunta ¿no es ello mismo una propuesta utópica planteada desde los mejores términos? Aquello planteado por Karl Popper, presenta una crítica precisamente al mal planteamiento o al mal entendimiento de lo que se quiere y se tiene como pensamiento utópico. No es un sueño o un ideal lo que se propone, es una realización en sí misma de lo que se quiere, es un caminar constante en el que las mejoras se hacen evidentes a medida que se va avanzando. Es un contante evaluar para evidenciar lo que se debe transformar.

El problema radica en la violencia que genera el planteamiento de un futuro ideal, pero si se escucha al otro, si se le reconoce en su presente, si se procura una mejora en aquello que se adolece; se pasaría de este modo de una crítica a una propuesta. Y es que lo utópico no puede ser de otra

manera, los cambios sociales se deben proponer en un presente y se deben generar espacios de reflexión con unos y otros para mejorar las condiciones del contexto actual. Así, el diálogo entra a jugar un papel sobresaliente, todos deben ser escuchados para poder llegar a puntos en común.

La crítica actual a la utopía no centra sus argumentos en la visión idealista de Tomás Moro, sino que se considera ya como un concepto filosófico, tal como lo han presentado Karl Mannheim y Ernest Bloch, en los que se resalta un nivel de trascendencia y transformación de la condición humana. Al considerar la mejora de la condición humana como bandera que guía los esfuerzos de la población hacia un mañana promisorio, se relaciona directamente con la idea de progreso traída por la industrialización, idea que lejos de promover un bienestar común, pone de frente la problemática de desarrollo, acumulación y consumo cuestiones que sin lugar a duda reflejan un panorama deshumanizante, injusto y poco alentador para aquellos que estén en la dinámica presente.

Dicha situación puede encausar al hombre hacia los caminos ilusorios de la utopía, guiados por las ansias de culminar con lo establecido, pero impulsado a su vez por una realidad que no le es ajena. La simplificación de la actual realidad, junto con los anhelos de un presente diferente llega a ser peligroso para cualquier proyecto de bienestar común.

En este punto se puede hacer referencia a los resultados que arrojaron los intentos de cambios sociales en las diferentes naciones en las que se presentaron movimientos socialistas, los cuales se fundamentaron en los principios marxistas remontándose a su vez, a Tomás Moro e incluso hasta Platón. En respuesta a esto, se resalta el hecho que desde los primeros socialistas no se consideraba la idea de utopía en el sentido de realizable; ya que, sus fundamentos estaban cargados de situaciones de hecho plausibles lo que condujo a la consolidación del proyecto socialista no solo en la Unión Soviética, sino en varias naciones del globo.

Así, la crítica a dichos cambios de modelos políticos, sociales o económicos resultan altamente criticables por aquellos implementados anteriormente los cuales fueron cuestionados en su estructura, vistos como injustos lo que condujo al cambio. Desde aquello que se identifica, se piensa y se desarrolla en pro de una mejora común. Si estos avances se establecen como posibilidad

de cambio a aquello que ya estaba; entonces ¿de dónde proviene la crítica? ¿Será acaso de aquellos que se veían beneficiados con el modelo anterior? Quienes criticaron el socialismo, se encontraban a favor del capitalismo; quienes criticaron los modelos justos e igualitarios, se aseguraban un bienestar propio y egoísta.

Aquí el problema no parece ser de ideologías políticas, cada uno goza de una ingenuidad asegurada en lograr algo, un fin que configure en últimas su proyecto magno. En estos términos, el teólogo y economista alemán radicado en Centro América, Franz Hinkelammert realiza su crítica a la razón utópica presente en este siglo. El burgués al igual que su antagonista plantea una ruta específica que encamine sus anhelos; el conflicto, parece presentarse en el momento en que los dos caminos se cruzan y lo recorrido y alcanzado por unos no concuerdan con los propios. El problema por lo tanto resultaría ser de legitimidad, y obviamente aquel que no esté en el poder señalaría al otro de antiutópico.

Es así, como las antiutopías nacen en el momento en que los países propenden por un cambio urgente de modelo político; en el momento en el que los intereses comunes ya no son representados por aquellos que ostentan el poder. Para los contradictores del nacionalsocialismo, éste se convirtió en la mayor prueba del peligro de las utopías, al igual que para los capitalistas el triunfo del socialismo en diferentes partes del mundo resultó ser lo más nocivo que pudo pasar en la historia.

Para Franz Hinkelammert, el problema yace en la concepción misma del pensamiento utópico y cómo este, se fue abordando de manera tal, que sobrepasó los límites al convertirse en sí misma, “ingenuidad” utópica. Dicha ingenuidad, encubre la realidad social en la cual se está.

Esta ingenuidad utópica está presente tanto en el pensamiento burgués -que atribuye a la realidad del mercado burgués la tendencia al equilibrio e identidad de intereses que se originan en alguna mano invisible- como en el pensamiento socialista -que atribuye a una reorganización socialista de la sociedad una perspectiva igualmente total de libertad del hombre concreto. De la tierra al cielo parece existir una escalera y el problema es encontrarla (Hinkelammert, 1984, p. 5).

La cuestión que ocupa las reflexiones a finales del siglo anterior se plantea desde el punto neurálgico en el que la ingenuidad utópica se toma como un pensamiento anti-utópico; naciente de las renovaciones neoliberales y conservacionistas en la que se fueron sumergiendo la mayoría de los países del globo. Visto de esta manera, el pensamiento anti-utópico, se camufla ingenuamente al querer sobresalir en sí mismo, como la utopía de vanguardia, que simplemente niega cualquier tipo de posibilidad adyacente que se pueda llegar a plantear dentro de una sociedad.

Uno de los problemas enunciados por Franz Hinkelammert, refiere al cómo desde los ideales de perfección y pureza, se construye la realidad en la cual se desarrolla la cotidianidad, que expone en un punto muy lejano a los ideales de justicia infinita cuando se es consciente de la realidad y las expectativas que se tienen. Gracias a estas últimas, se intenta despejar el camino de los obstáculos que limitan el desarrollo de los ideales de depuración absoluta de todo aquello que se muestre con un ápice de corrupción según el sistema que se anhela. Lo anterior, si se analiza cuidadosamente, conllevaría a invisibilizar la realidad. Pensar en la perfección absoluta de los sistemas que acompañan las dinámicas sociales, políticas y económicas, demostrarían también, un desconocimiento de la complejidad de la condición humana, en la cual se encuentran límites y diversas posturas de quienes desarrollan el proyecto.

Ahora bien, el imaginar un mañana prometedor para las sociedades actuales, es el primer paso de muchos que conformarían el proyecto; ya que, al develar lo inalcanzable, se depura el pensamiento en la praxis y se llega a lo realizable, dejando de lado aquello que resulta imposible. Es así, como se plantea la diferencia entre lo que se hace y lo que se cree hacer, en el desarrollo de la propuesta utópica. Pensar en totalitarismos y/o depuraciones absolutas, nublan la mirada en el horizonte y se estancaría en los nobles anhelos de algún día alcanzar lo imposible. No se debe desconocer la totalidad de la realidad, para comenzar de cero el cambio favorable de una sociedad. La intención, por lo tanto, es rescatar según su validez en el nuevo referente.

Franz Hinkelammert, apuesta a una crítica que no deseche del todo lo que está, si no, que rescate según marco de referencia lo que se pueda mantener como elemento del engranaje para posibilitar un cambio. Así lo demuestra al referir su análisis ante autores como Popper, Marx y Weber, donde intenta ir más allá de lo planteado para encontrar los aportes en cada uno de ellos y sus propuestas.

Al analizar los campos de lo posible y lo imposible; no se puede caer en el error de alejar lo imposible de nuestra realidad; ya que, es gracias a aquella, que se tiene más claro lo que se puede llegar a lograr según las necesidades. En este sentido, la idealización que se forja frente a lo real, no se puede negar absolutamente de manera impositiva. A saber, que de esta, se plantearía diferentes posibilidades a la realidad actual.

Franz Hinkelammert realiza una crítica sistemática a todo pensamiento que, de una u otra manera, se ha planteado posibilidades de pensamiento llevado a la praxis; pero que también han impuesto sus posibilidades frente a diferentes posturas. De esta manera, cuestiona posturas tales como: el conservacionismo, el neoliberal, el anarquismo y a su vez, el pensamiento soviético. Ampliando así, el panorama frente al qué hacer del pensamiento utópico y las falencias reflejadas en la praxis. Los sistemas aplicados, demuestran sus falencias, al no acoger a los seres humano dentro de ellos. Cada crisis, cada descalabro humano; pone en evidencia que los diferentes sistemas no acompañan la vida del sujeto. Así, la ética se incluye como paso esencial para el desarrollo de cualquier propuesta; acogiendo al sujeto y sus necesidades humanas como primordiales, antes que al poder o cualquier otro esquema en donde no sea el deber de los seres humanos los que encabezen dichos anhelos.

Se debe evitar a toda costa la absolutización de pensamientos, aún más, cuando no tengan entre sus fines las múltiples y diversas expresiones de la vida humana. Todo pensamiento debe ser mediado, nunca impuesto; el reconocimiento es clave para llevar adelante dicho propósito; acrecentando la solidaridad entre todos y asumiendo la realidad de vida social. Los aportes de Franz Hinkelammert, guardan gran importancia en la actualidad; ya que, si se analizan las diferentes realidades presentes en la humanidad, se evidencia la fuerte crisis en la que se encuentran las sociedades actuales. La globalización ha alejado los intereses esenciales de los seres humanos y a causa del capitalismo, la crisis por la que se atraviesa nubla la necesidad caminar por fines comunes.

Los sujetos inmersos en este sistema impuesto creen que sus sueños y anhelos, se verán alcanzados bajo una postura individualista y de esta manera luchan a toda costa por conseguirlos, sin importar los medios que se tengan que utilizar para llevar a feliz término sus planes; lo que configuraría una

ingenuidad utópica, incapaz de construirse con el otro y por el contrario destruyendo su más profunda esencia de humanidad. Por lo tanto, la idea de utopía funciona como elemento regulador de la acción humana, convirtiendo los anhelos en objetivos históricos factibles en la realidad. Según esto, no se trata de llevar los mundos imaginarios a la práctica, sino que a partir de ellos se despeje el camino a seguir en la construcción de nuevas prácticas. Sin caer en los totalitarismos que tanto daño han causado.

Así, el quehacer utópico, se fundamenta en las ideas de plantear naciones ideales para el desarrollo humano han acompañado las reflexiones desde hace siglos, por tal, su importancia en la actualidad, ya que, como se hace evidente, son ellas el motor que impulsa los cambios en los diferentes ámbitos de la sociedad. Y en la medida en que se movilizan las acciones individuales y comunes, se debe continuar en el proceso.

Es de reconocer también que las grandes crisis humanitarias, fueron impulsadas en su momento por los anhelos de unos pocos que buscaron beneficios a su favor, y a raíz de esto, impusieron sus ideales en contra del beneficio común. Las utopías, se comprenden como un plan de acción con respecto a lo realizable en una sociedad, creyendo profundamente en el progreso conjunto, sin llegar a las manifestaciones de totalitarismos, los cuales han dotado de aspectos negativos aquello que merece toda la atención para su realización.

Capítulo II

Utopía en Horacio Cerutti Guldberg. Elaboraciones conceptuales, políticas e históricas en torno al concepto de utopía y su función emancipatoria

Lo propio de la utopía sería este ejercicio de rechazo/afirmación: de denuncia/anuncio, rechazo y denuncia del orden vigente y anuncio del orden alternativo.

Horacio Cerutti Guldberg

Al hablar del concepto de utopía como referente político y emancipatorio, resulta necesario voltear la mirada y analizar lo expuesto y trabajado al respecto en América Latina, en donde debido a las condiciones de la realidad impuesta, se muestra urgente, avanzar en los campos propuestos por aquellos que piensan en una realidad diferente y en un futuro prominente, vivenciando con sus prácticas los anhelos de un pueblo.

Pensar en la utopía para Horacio Cerutti Guldberg, refleja un pensamiento real y posible. A lo que le encarga una ardua tarea al tratar de desenmarañar los hilos diversos que acompañan a reflexión frente al término por más de quinientos años. Hoy día, se hace más urgente la reflexión en torno a las posibilidades de cambio, que apunten a un mejoramiento de las condiciones actuales y converjan en fines comunes y comunitarios para las sociedades víctimas de las políticas impuestas unilateralmente.

Usos y sentidos del concepto

El concepto de utopía revela su de gran valor al llevar a cabo las reflexiones en torno del pensamiento filosófico latinoamericano; movilizándolo la praxis liberadora en el continente. Al encontrar una ruptura frente a lo que se desea y aquello que se presenta, es necesario pensar una posibilidad de cambio tangible que dinamice las acciones hacia una nueva ruta, en donde converjan, la equidad, el bienestar y la justicia como elementos claves para la conformación social y política.

En este escenario, se presenta la utopía al ser comprendida como fuente de esperanza y generadora de cambio; alejada de las concepciones tradicionales, donde se mantiene la concepción de ensueño, que refleja un retraso que imposibilita aquello que pudiese surgir. La utopía es pues, el motor que impulsa y alienta a los hombres y mujeres a un futuro promisorio para todos, comprendiendo que, el que está, carece de bienestar y condiciones de vida dignas.

El continente americano, ha sido visto como campo de esperanza y construcción de un futuro mejor desde su misma revelación al viejo mundo. Pero la perspectiva parece quedar solo del lado de Occidente, dejando al nuevo mundo como elemento de construcción unilateral, invisibilizando las voces que desde aquí se levantan hace más de quinientos años. Por lo anterior, es deber conocer y escuchar a quienes se han silenciado, dejar pronunciar a aquellos que hablan desde la tierra, desde sus propios contextos, desde sus propias vivencias. Y a partir de ello, abrir los horizontes para la construcción de nuevas realidades que transformen el contexto actual.

Con la mirada que tenían los europeos sobre América Latina, se negó la posibilidad del Logos, del Verbo, de la palabra y con esto, la esencia de lo que es ser hombre, castrando toda la construcción cultural del pensamiento amerindio, imponiendo una fuerte discriminación que se ha mantenido a través de la historia de nuestro continente; en el momento que los conquistadores mezclaron sus genes con los indios que ocupaban la región se comenzó a hablar de raza degenerada y disminuidos en su humanidad por lo que tenían de indígena. Cuestión que bien expone Leopoldo Zea de la siguiente manera: “(...) hacia dónde ha llegado el poder del hombre que se considera Hombre por excelencia y exige, en nombre de esta creencia, la justificación a la que tendrá que someterse no sólo los indígenas sino todos los nacidos posteriormente en esta América” (Zea, 1989, p. 12).

En esta línea de pensamiento, la utopía se expone como elemento primordial para buscar una praxis latinoamericana que encauce los ideales propuestos por pensadores de la historia latinoamericana, siendo dicho propósito considerado en sí, una utopía, tal como lo plantea Cerutti Guldberg, en su teoría acerca del filosofar nuestroamericana. Para el filósofo argentino-mexicano, se debe tener una utopía para poder pensar en un futuro realizable, abrir caminos hacia una salida a los males

que aquejan a la región, marcando posibilidades de construir una realidad distinta a la dominante, visionando el futuro para las generaciones venideras.

Esta es la tarea de la utopía, develar caminos y sendas desde las cuales se entreteja la emancipación de los pueblos agotados por la historia, más que por el tiempo. Para efectos de comprensión es preciso en este punto poder explicar el concepto de utopía tal como ve Cerutti Guldberg en tres sentidos. Dicha distinción se hace necesaria al abordar el tema también distintivo entre la utopía y lo utópico.

El concepto aquí trabajado, mantiene diferentes usos, para ello es deber aclarar las intenciones de separación que configuran el análisis, cuya intención en un primer momento es mostrar el uso cotidiano que se le brinda a la utopía.

Se suele entender como cotidiano o cotidianidad aquello que es inherente al hombre, lo que es común a sus vivencias. La cotidianidad apropiada de esta manera configura una comprensión de la utopía alejada de lo que se quiere proponer. En lo cotidiano, se presentan las necesidades básicas, determinadas, las cuales descalifican cualquier intento de pensar un futuro de bienestar; diferente al que ha sido impuesto. “En general lo que hacemos en la vida cotidiana es descalificar la propuesta del opositor o del interlocutor, diciéndole que lo que está planteando es utópico o que su propuesta es ilógica en el sentido de irrealizable”. (Cerutti, 2010, p. 88). Dicho uso generalizado, ha descalificado el uso utópico, implantado de esta manera la idea de ensueño, de imposibilidad.

El hecho de entender la utopía, con el uso cotidiano que se ha dado a la palabra, descalifica su función de cambio y de mejora; imposibilitando cualquier impulso de crítica frente a lo impuesto. Así, quien piense salir de dicha realidad impuesta, puede ser considerado un soñador acompañado de un delirio nunca consolidable. “En el nivel de uso cotidiano, utópico(-ca) es usado como un adjetivo (des)calificativo. Una propuesta es utópica, cuando lo que se pretende es inalcanzable, su realización se aprecia imposible”. (Cerutti, 2010, p. 98).

Nada más perjudicial para la reflexión de lo presente, que el pensar utópico en dichos términos. Lo cotidiano, cierra la posibilidad de cambio sustentable y aleja la praxis del escenario político;

esto, no solo invalida la ejecución de un proyecto diferente al naturalizar la postura de imposibilidad de cambio; si no que, además facilita en gran medida, la continuidad del poder impositivo y la aceptación de condiciones injustas, desigualdades y falta de libertad, cometidas por la realidad operante.

Ahora bien, la realidad en la que se encuentran inmersos los sujetos configura su cotidianidad y en ella, se reflejan sus costumbres, -sin deseo de negar las construcciones propias- que a su vez son resultado de las racionalidades impuestas por el poder operante y dominante. Entonces, la cotidianidad se muestra como la única realidad presente y por lo tanto, el futuro se supedita a mantener aquellas costumbres cotidianas que se han manejado por los tiempos de los tiempos hasta convertirse en razones al parecer inmovibles.

El uso de la palabra utopía de manera peyorativa es muestra de ello. Nada más efectivo para mantener lo que está, que negar la posibilidad misma de soñar con un futuro diferente, tachando a aquellos que se atreven a hacerlo de irracionales, de soñadores sin esperanza alguna de ejecutar su proyecto. Dicha postura hace parte de las cotidianidades, las cuales han calado de manera determinante en la estructura social, política y cultural. Los sujetos se resisten al cambio, no hay esperanza más allá y por el contrario se mantiene un escenario de falso bienestar en las sociedades actuales; por lo tanto, clave de la utopía se encuentra en el quehacer consiente de la realidad

Cerutti Guldberg resalta en múltiples textos y conferencias, el sentido literario de la utopía como punto de partida a dicho análisis riguroso, del cual se desprenden diversas aplicaciones en su desarrollo, a saber, lo filosófico y lo político. “El género utópico se aborda como género literario y cuenta en general, con un autor, una estructura interna formada por un momento crítico, un problema central, un momento propositivo y un concepto específico del espacio y del tiempo” (Cerutti, 1986, p. 127).

En este sentido, la utopía conduce el pensamiento hacia aquel mundo imaginario, el cual puede ser deseado, pero al ser originario de la fantasía, a simple vista, carece de esperanza realizable. Lo cual, desvirtúa dicha mirada como una opción de praxis en los contextos filosófico-político. El valor central de la utopía en sentido literario es el poder identificar la distinción existente entre la

utopía y lo utópico, lo que genera reflexiones profundas al respecto y dota de un carácter práctico en quehacer utópico como posibilidad de reflexión de la realidad humana.

Este primer acercamiento nos lleva necesariamente a dilucidar no sólo el término de utopía, tal como todos los estudiosos del tema lo hacen, sino también algunas cuestiones concomitantes como, por ejemplo, la relación del surgimiento del género con la modernidad y las críticas a ésta que permiten condenar la utopía y secuestrar el futuro de la experiencia humana, mutilándola de un horizonte que le es consustancial, sin hacer una distinción entre la creación del género utópico y los movimientos sociales y políticos que enarbolaron en la modernidad y enarbolan aún, los ideales de liberación, de democracia y de justicia social (Rayo, 2012, p.13).

Así, el sentido literario, abre las puertas para las reflexiones posteriores a su planteamiento; si bien, en este primer uso no es clara su propuesta crítica, es a partir de ella que se presentan nuevas aplicaciones al término, que posteriormente llevará a aplicaciones en los diferentes ámbitos de la vida humana. La literatura introduce el término utopía, refiriendo un no-lugar donde, las situaciones de la realidad injusta y agobiante son superadas y se vive en eterna armonía los unos con los otros; sin temor alguno de padecer algún sufrimiento parecido al real. Así, el sentido ensoñador hace perder la realidad de vista y se muestra como el escape al sufrimiento actual.

Es evidente, que dicha definición, sea bien utilizada por los detractores de la utopía; presentándola, como un elemento que encierra en sí un alejamiento de las vivencias actuales, al soñar con un mundo diferente. La realidad de la experiencia humana muestra un panorama de injusticia, lo cual es evidente en cualquier contexto y si la sociedad deja sus quehaceres por soñar con un mundo plenamente justo, al tiempo que su propia realidad avanza sobre caminos inciertos, los tiempos venideros para las mayorías estarán concentradas en unas pocas manos, que manejarán y moldearán la realidad a su gusto y acomodo.

La utopía tal como la presenta la literatura, marca un inicio, un nuevo panorama que desde el mismo el momento en el que se puede pensar, representa un cambio en la vida social. La utopía se encuentra en el medio de la sociedad real y la sociedad del futuro. Siendo ese vislumbamiento de

posibilidades alternas a las presentes, el motor inicial que propone un cambio, una realidad diferente a la actual.

La utopía en términos literarios marca el camino que seguirán aquellos que piensen la realidad en sentido utópico, dichas sociedades serán generadoras de cambios al no quedarse en un solo lugar cavilando aquello que podrá ser, sino que además de eso dan movimiento dialéctico a la propuesta y movilizan sus reflexiones al cambio. Al generar el cambio social, que se anhela por lo menos en el plano del pensamiento, se generan profundas reflexiones propias del quehacer filosófico, las cuales comienzan por ser críticas de la realidad. El sentido literario de la utopía se establece con un referente social actual y real, por lo tanto, lo que vislumbra el pensamiento utópico no está alejado del actual acontecer, por el contrario, se fundamenta en él para generar un cambio en la sociedad que se ve sometida por los poderes responsables de las injusticias e inequidades sociales.

Lo anterior supone un papel preponderante de la filosofía como ente movilizador de la propuesta utópica, para la construcción política en sus diversas expresiones; sin dejar de lado la tensión entre realidad y realizable, presente en la historia. El tratamiento que ofrece Cerutti Gulberg frente al concepto de utopía, representa un estudio detallado, desde el cual, se traza un futuro completamente realizable, con profundos análisis del pasado y plena conciencia del presente. Así, dichos planteamientos ocupan de manera importante las reflexiones en torno a su realidad y contexto. Siendo este el tercer sentido el histórico-antropológico.

El problema de espacio y de tiempo, se define como un pensar situado desde las propias realidades articulando el pensamiento de la siguiente manera: pasado-memoria, presente-utopía, futuro-justicia. Cabe señalar que es en el presente donde evidentemente se reflexiona el pasado y se vislumbra el futuro; por lo tanto, la utopía se sitúa en el ahora y no en un futuro de carácter ilusorio.

Aquella reconstrucción del pasado no puede ser contada a una voz, tal como se ha venido trabajando hasta el momento, donde se narran los hechos desde un descubrimiento, pasando por una humanización cargada de valores civilizatorios y evangelizadores, hasta una incorporación a la nueva historia universal. “Se entiende pues que, quienes tienen más poder estarán en condiciones de imponer su forma de ver el mundo, de apreciarlo. Podrán imponer su sentido como si fuera el

sentido” (Cerutti, 2011, p.8). De ser esto real, lo único que habría quedado por hacer en manos de los pobladores sería la entrega completa de su ser bajo la derrota y la sumisión.

No es lo mismo pensar desde la opción de los que mandan, de los que tienen el poder, de quienes se nombran autónomos (quienes están en condiciones de dictarse sus propias reglas); que desde la posición de los agredidos, forzados a obedecer, carentes de poder para imponerse, sujetos sujetos a los caprichos y arbitrariedades de los otros, obligados a la sumisión más inicua (Cerutti, 2011, p.8).

Los hechos, por lo tanto, no pueden leerse en clave occidental; las comunidades presentes en el territorio resistieron a los actos atroces, llevando a cabo constantes rebeliones y levantamientos en contra de aquellos que imponían su pensamiento, incluso al punto de preferir perder la vida antes que la dignidad como pueblo.

Cerutti Guldberg, expone cuatro maneras de comprender así, la utopía: horizonte utópico, género utópico, ejercicio utópico y razonamiento hipotético. El primero de ellos se configura como la propuesta dentro de la ideología. El segundo, carece de movimiento social y se revela con un ejecutor individual cargado de moralidad. El tercero, configura a las comunidades con sus debilidades y potencialidades. El último refiere al accionar hipotético de las posibles alternativas.

En cada una de los anteriores, se configura la historicidad y la importancia de volver a leer, analizar, escudriñar y proponer salidas tales como las que se han venido presentado a lo largo de la historia del continente. Personajes como los Tlamatinime, en su encuentro con Cortés, Athualpa desafiante ante las imposiciones de Pizarro, Simón Bolívar cuya tarea emancipatoria aún está pendiente. “En tal sentido, podemos afirmar que la utopía es un esfuerzo de la razón el cual exige un conocimiento profundo de lo dado; por tanto, no se puede ser productor de una mente ociosa” (Niño, 2007, p. 49). Actos que llevaron a levantamientos populares, acciones individuales que no agotan las reflexiones, en torno a la recuperación de aquella memoria que se ha querido negar o invisibilizar por unos pocos.

Los hechos se tienden a naturalizar, los actos irracionales, son nombrados de esta manera por quienes se afirman en razón. La racionalidad, la civilización, la plenitud humana posible estarían de un lado y los otros serían irracionales pasivos, sin alternativas más que la sumisión (Cerutti, 2011, p.10).

Ahora bien, al preguntarse sobre lo que hace propiamente al hombre ser lo que es, se hace referencia al lenguaje, a la organización social, su quehacer frente al trabajo, entre otras múltiples respuestas que intentarían justificar su naturaleza sin dejar de lado aquello no tan racional pero que en definitiva apuntaría a los diversos actos que se tiene como humano, a saber: egoísmo, agresividad, competencia.

Lo anterior, dispone de referencias para analizar el actuar de la humanidad entre esos ires y venires, que configuran su esencia histórica oponiendo siempre su capacidad de decisión entre las situaciones que se le presentan; progreso y destrucción, violencia y paz. Por este medio se logra transformar la realidad de unos y otros, donde el sentido de cambio se daría acompañado de la praxis cotidiana de la cual se derivan las apuestas de los seres humanos por generar diversas condiciones de vida; las cuales se debaten entre la fecundidad, bien sea individual o general.

Entre estas posibilidades, destacan por su renovada regularidad y consecuencias prácticas, aquéllas que se acercan al bien común por encima del individual. “No sólo por tener un alcance de mayores proporciones cuantitativas –lo cual tiene su propia lógica- sino porque nos remiten a una definición de lo humano como ser social y político, y de esta forma, desvinculan al egoísmo como nuestra esencia” (Cordero, 2016, p. 4).

El deseo utópico, se moviliza mediante la idea de cambio conjunto, siendo este fundamental para las transformaciones humanas como ser social. Así la idea de bien común, trasciende el espacio ético, ontológico y se configura como praxis política al generar cambios reales comunes a un mismo fin.

Este anhelo se ha materializado en el transcurso del tiempo en obras literarias, movimientos sociales y proyectos políticos. La reflexión sobre ello nos lleva directo a encontrar una maravilla,

un problema y una esperanza. “La maravilla es la fraternidad, la solidaridad, el mundo compartido y todos los valores humanos desarrollados entorno; el problema es la escasa trascendencia del anhelo: haberse quedado generalmente en intención, no trascenderla, y la esperanza radica en consolidarla y resignificar su valor para luchar y convertirlo en acto, en realidad” (Cordero, 2016, p. 5).

Así, el utopizar, reivindica y promueve los múltiples intentos que se puedan generar para lograr la emancipación de los pueblos. La unión entre teoría y práctica puede ser entendida como praxis y esta, junto con la utopía gestan el contexto, en un espacio-tiempo determinado, la acción de búsqueda para posibles salidas y poner en marcha la praxis de la utopía misma. La tarea de reconstruir la memoria utópica en “Nuestra América” -tal como o dice Cerutti-, merece de toda la atención para poder proponer mejores utopías en el presente, que garanticen la libertad, la justicia y la igualdad para todas las comunidades.

“El filosofar puede, en determinados momentos, sintetizar preocupaciones comunes y enfoques compartidos convergentes y, a la vez, puede incitar avanzar en renovadas investigaciones y en la construcción de futuros alternativos” (Cerutti, 2011, p.15). El rechazo a experiencias desafortunadas, se traducen en condiciones deseadas; el soñar despiertos, marca el camino hacia un avance de aquello olvidado, y guía el afán de construcción humana presente.

La función emancipatoria de la utopía

El papel de la utopía recobra importancia -si acaso en algún momento no se le ha visto- al ser la luz que ilumina las sendas a seguir, hacia un tiempo próximo habido de mejores condiciones; e incluso, repasar los rastros antes andados, por aquellos que vieron una posibilidad de cambio reflejado en el futuro. No se limita a vislumbrar lo que podría ser para buscar una solución a los problemas que aquejan. El papel de la utopía es revelador, en sentido que lo que está presente, no cuenta con las condiciones justas e igualitarias que se quiere para una sociedad en general; estas mismas, han sido causadas por circunstancias, expuestas en el pasado. Así, el proyecto utópico no solo depende de la capacidad que se tenga de planear disimiles posibilidades a futuro, si no, también depende de la capacidad que se tenga para analizar el pasado. Por medio de la memoria

colectiva se hacen evidentes las causas por las que se ha llegado a un estado de inequidad e injusticia social.

Dicho análisis devela el origen del conflicto y pone en marcha el nuevo proyecto, definiendo lo que se quiere y se aspira como sociedad. No se voltea la mirada hacia el pasado, con el único fin de derrumbar lo acontecido, esto también configura lo que se es en el presente, la intención es pues, retomar y modificar para su reconstrucción desde lo que está, desde lo que dejaron. La función de la utopía apunta a modificar aquello que en un tiempo no salió de la mejor manera, con lo cual se crearon realidades adversas, dignas de cambio para una sociedad que no se resigna a mantenerse en ella.

Pasado-memoria, futuro-justicia, presente-utopía. Es siempre desde el presente que se reconstruye historiográficamente el pasado y se trabaja en la construcción de un futuro auténticamente alternativo. Porque sólo hay presente, aunque –digámoslo así– dispongamos de pasados y futuros para reconstruirlos y proyectarlos respectivamente (Cerutti, 2013).

La construcción del pensamiento en el presente se realiza de manera contextualizada por los hechos acontecidos en la historia. Es así como en Latinoamérica, el quehacer filosófico ha estado situado según los parámetros establecidos bajo la realidad cambiante entre lo que estaba y lo que se impone. En este sentido, uno de los anhelos primordiales, fue el generar procesos emancipatorios que liberaran del yugo colonial y así mismo, construir una manera de organización que blindara dicho propósito.

La realidad que acompañaba aquellos anhelos se resistía fuertemente a la consolidación de un proyecto con dichos alcances. La nueva situación de dependencia surgida con posterioridad a la ruptura del nexo colonial y, paralelamente, la consiguiente agresión imperialista en ascenso marcaron a fuego este inicio atascado de dificultades (Cerutti, 2011, p. 23).

La situación de dependencia y el cómo desligarse de ella, parece ocupar las reflexiones desde sus inicios hasta estos días. La manera en la que encaminan los esfuerzos demuestra que aún se torna como tarea pendiente la ruptura de la dependencia. Pero si bien, dicha situación ocupa las reflexiones hoy día, no es muestra de que no se haya trabajado para lograrla; por el contrario, las acciones han sido inagotables en la construcción de propuestas que guíen los esfuerzos hacia el fin emancipatorio. Las propuestas en torno al reconocimiento de indígenas y comunidades afro en la región fueron construcciones de innegable valor frente a los procesos de liberación, las cuales dieron pasos de gigante hacia el proyecto en común, aun teniendo en cuenta las particularidades de la región.

El proceso emancipatorio de la región implicaría una complejidad muy grande, sobre todo, debido a la heterogeneidad de los protagonistas. El sector criollo se constituirá en hegemónico, pero no conviene descartar la relevancia de otros sectores como: indígenas, afroamericanos, españoles, norteamericanos y europeos de otras procedencias (Cerutti, 2011, p. 24).

Las particulares situaciones en las que se encontraba la región dieron diversos matices a la construcción de identidades nacionales, que buscaran la emancipación de los pueblos oprimidos y subyugados por el poder colonial, lo cual no resultaba nada sencillo de realizar. Tan diversas eran las condiciones presentes de la región, que cuando se creyó finiquitado el proceso emancipatorio, surgieron nuevas experiencias que parecían acabar con los anhelos de los más fieles al proceso. El encargado de reconstruir el proceso fue el mismo Simón Bolívar, quien en su Carta de Jamaica reconfigura la importancia de la lucha emancipatoria en la región y el replanteamiento de esta como posibilidad tangente y real de libertad.

No se trataba de pensar en un medio idílico o en la tranquilidad de un espacio aislado reservado para ello. Era, más bien, el esfuerzo por pensar, por no dejar de pensar en el medio de la vorágine de los acontecimientos, de los fracasos y esfuerzos por sobrevivir sin renunciar a los sueños (Cerutti, 2011, p. 25).

Este es precisamente el impulso que brinda la utopía hacia la consecución de una realidad diferente; cuando aquello que se anhela no resulta tal como lo planificado, se debe tener presente que dichas enseñanzas, acompaña la reflexión y son generadoras de nuevos proyectos emancipadores sin perder de vista el logro a conseguir.

Los sueños emancipadores se vieron representados por el criollismo, quienes suponían concentrar los intereses de todos reunidos. Cuestión que como es bien sabida, no resultó en el proceso de inclusión esperado, sino que por el contrario implicó una nueva ruptura, donde solo algunos sectores se verían beneficiados con los esfuerzos de todos, dejando a la inmensa mayoría en el mismo punto de sometimiento.

¿Qué tal si los negros intentaran ponerse al tú por tú con “nosotros”? Y por la rebelión de Tupác Amaru (1741-1781) en el área andina. Si, para colmo, también los indígenas se sublevaran, ¿qué se haría? Los criollos necesitaban a indios y negros como carne de cañón en las guerras contra los españoles, pero de ninguna manera como seres humanos dignos de derechos y con plena dignidad (Cerutti, 2011, p. 27).

Así, de cierto modo la utopía da muestras y se pone en clave de resistencia a fin de lograr lo cometido. Los intentos por la emancipación han acompañado por siglos los caminos de la región; Francisco de Miranda encabeza de esta manera una larga lista de personas capaces de soñar, plantear y ejecutar ideas reales expresando un malestar que encarna las vidas de los oprimidos.

Dadas las condiciones actuales, de las injusticias, imposiciones, poder desmedido, desigualdades, negación del otro, hechos que parecen ser repetitivos en la historia; por lo tanto, nada más vigente y valioso que el pensar utópico. La tarea es ardua y lo ha sido desde hace siglos para las víctimas de la racionalidad, acallados y maltratados por el poder impuesto. Dichas condiciones, han acompañado las reflexiones de intelectuales, académicos, activistas; aquellos apasionados por construir unas mejores condiciones, seguros de generar un pensamiento alterno al dominante.

De Bolívar a Mariátegui: Resistencia y emancipación

La utopía como ente movilizador, propone cambios sistemáticos referente a lo presente; pero esta a su vez determina un alto consciente de las condiciones en las cuales se desarrolla. De esta manera, la utopía resiste de manera permanente logrando con esto, no solo reflexionar sobre lo acontecido, sino a su vez oponiéndose las diferentes condiciones opresoras de desigualdad e injusticia.

Resistir se ha hecho necesario, como escenario político de los pueblos latinoamericanos desde el momento mismo de la conquista occidental. La imposición de saberes culturales, políticos, económicos, sociales; hicieron del territorio un campo de batalla, en el que se impusieron unas prácticas ajenas y desconocidas para los pueblos originarios. Estos hechos, ocasionaron un desgaste en sentido amplio de las comunidades que de una u otra forma resistían a lo impuesto.

La historia relata cómo se generaron paulatina, pero sin descanso, la ocupación del territorio y la colonización de saberes, causando un deterioro de las culturas originarias, al punto de lograr la desaparición total de los habitantes en algunas partes del territorio y/o ejerciendo el control social absoluto.

Lo anterior, sugiere una clara condición de opresión e imposición autoritaria en sentido general, pero esto, lejos de generar dinámicas de aceptación, dispusieron elementos críticos a lo acontecido y con esto alientos de emancipación y resistencia en el territorio. Sin ser necesario acudir a los primeros levantamientos, encontramos en la historia latinoamericana, apuestas por recuperar aquello que fue hurtado y negado en dicho proceso.

Siendo así, el caso del libertador de América Simón Bolívar, quien otorgó importantes aportes, que influyeron en el proceso emancipatorio de los pueblos latinoamericanos; aportes que permitieron la continua búsqueda de un pensamiento original y auténtico. En su Carta de Jamaica (1815), llama la atención acerca de lo que hoy se podría denominar la búsqueda de la identidad mestiza; que sin duda es uno de los problemas actuales para la construcción de un proyecto político-filosófico latinoamericano.

El velo se ha rasgado, ya hemos visto la luz y se nos quiere volver a las tinieblas; se han roto las cadenas; ya hemos sido libres y nuestros enemigos pretenden de nuevo esclavizarnos. “Por lo tanto, la América combate con despecho, y rara vez la desesperación no ha arrastrado para sí la victoria (Bolívar, 1989, p. 11).

Los caminos que propuso Simón Bolívar han sido luz para múltiples reflexiones que han planteado resistir a las condiciones de opresión, buscando siempre la liberación y emancipación de los pueblos latinoamericanos.

En este sentido, se resalta la importante figura de José Martí, quien su texto *Nuestra América* (1891), desarrolla una disertación plena de humanidad, fundada en la revelación del ser americano y fundamentada además en un discurso centrado en múltiples percepciones de relación con la identidad latinoamericana. El pensamiento del autor apunta hacia una resistencia, a una lucha por no ser eco y sombra de culturas externas o distantes, no admite ni concibe la universalidad de Latinoamérica como un proceso de inserción de lo propio a lo otro. Revela también la universalidad por la creciente humanidad del hombre natural, concretada en la cultura de la resistencia, en donde, deviene de su ser esencial, como parámetro legitimador de su autenticidad. Por eso exige pensar la realidad desde lo latinoamericano mismo.

Lo que para los europeos era una raza impura, para José Martí era el mestizo “el hombre natural”, capaz de derrotar al “criollo exótico” capaz de crear y componer un país que le corresponde por derecho.

El hombre natural es bueno, y acata y premia la inteligencia superior, mientras ésta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recobrar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés (Martí, 1989, p. 111).

El pensamiento de José Martí resalta un sentir general del pueblo, apoyado en una serie de ideas que fundamenta el lugar de Latinoamérica en el continente. Es una teoría crítica que, recorriendo

la historia, y arraigada en la misma cultura, presenta un proyecto de afirmación y rescate de la identidad de los pueblos latinoamericanos.

De la misma manera José Ingenieros, en su texto *Por la Unión Latinoamericana* (1922) trabaja por el reconocimiento latinoamericano más allá de fronteras y de saberes, cuya utopía centralice los esfuerzos de un solo pueblo con unos anhelos comunes: libertad y emancipación.

Dichos términos, se han mantenido en las reflexiones de los pueblos latinoamericanos desde el momento de la conquista; solo que, en esta ocasión, no apuntan sus intereses al otro lado del continente específicamente, sino se mantienen atentos en el “Nuevo Mundo”, a saber, Norte América. Quien, desde los procesos liberadores encabezados por Simón Bolívar, han demostrado el pleno interés por impedir la unión de los pueblos latinoamericanos, al considerarlo una amenaza para el control y domino ejercido en el continente.

El poderoso vecino y oficioso amigo ha desenvuelto hasta su más alto grado de régimen de la producción capitalista y ha alcanzado en la última guerra la hegemonía financiera del mundo; con la potencia económica ha crecido la voracidad de su casta privilegiada, presionando más y más la política en sentido imperialista, hasta convertir al gobierno en instrumento de sindicatos sin otros principios que captar fuentes de riqueza y especular sobre el trabajo de la humanidad esclavizada ya por una férrea bancocracia sin patria y sin moral. (Ingenieros, 1989, p. 120).

El panorama planteado por José Ingenieros, muestra el peligro al cual se enfrenta el continente frente al poderío estadounidense y advierte las consecuencias para Latinoamérica al continuar en desunión. Las políticas expansionistas llevarían a justificar la conquista de la parte sur del bajo la premisa de “América para los americanos”, cuyo único reconocimiento sería para el norte.

Los anhelos de emancipación del dominio europeo, llevaron a la “unión” de América por medio de un proyecto que parecía ser la salida a los males que aquejaban en la época, la doctrina Monroe, configuró un espejismo de seguridad continental, mientras los Estados Unidos, invisibilizaban acciones de Europa en el continente tales como: la ocupación de las Malvinas, la reconquista a

Santo Domingo, la fundación del imperio Maximiliano en México y otras manifestaciones de colonialismo a naciones latinoamericanas.

Panamericanismo y Latinoamericanismo han sido por tanto los proyectos utópicos integracionistas que con mayor fuerza han estado presentes en la mente y actividad práctica de políticos e intelectuales de esta parte del mundo. Mientras el primero se hallaba concebido en función de las ambiciones imperiales de la pujante economía norteamericana que aspiraba al control hegemónico de todo el continente, el segundo, con una carta de ciudadanía de anterior data, favorecía la integración de América Latina al privilegiar las características culturales e históricas comunes, viendo en la unidad un medio eficaz para enfrentar agresiones y peligros externos (Santana, 2004, p. 224).

Estos hechos develaron las intenciones de dicha doctrina, la seguridad planteada por la doctrina Monroe, buscaba asegurar la América del Norte, mientras que los intereses y territorios Latinoamericanos se entregaban a las mejores propuestas. Así, el llamado consiste en plantear alternativas a lo acontecido y buscar la verdadera unión de las naciones del sur del continente, al atender ya no solo al enemigo occidental, sino cerrar filas en torno a la ocupación inminente de Norte América.

El proyecto imperialista se configura como nuevo enemigo de las libertades latinoamericanas, encubierto por pretensiones liberalistas, Estados Unidos encarnó el mayor mal para el continente: ayudó a impulsar el proyecto colonizador de Europa, tomó por suyos territorios que debilitó por años en su estructura política, se apoderó de las economías y los mercados de países planteando nexos injustos, adelantó la carrera armamentística como elemento de caos e impulsó a toda máquina su proyecto imperialista en el continente.

José Ingenieros, haciendo una lectura de la realidad continental, lanza la propuesta de una verdadera emancipación del pueblo latinoamericano e invita a resistir a las adversidades. De la misma manera en la que Simón Bolívar construyó su sueño y caminó las sendas de la utopía latinoamericana. Solo que ahora con un enemigo más cercano, el capitalismo norteamericano y su poderosa maquinaria global.

Se trata, para los pueblos de la América Latina, de un caso de verdadera y simple defensa nacional, aunque a menudo lo ignoren muchos de sus gobernantes. El capitalismo norteamericano quiere captar las fuentes de nuestras riquezas nacionales y asegurarse su contralor, con derecho de intervención para proteger los capitales que radica y garantizar los intereses de los prestamistas (Ingenieros, 1989, p. 125).

La realidad relatada por José Ingenieros muestra la urgencia de configurar de nuevo un proyecto que una los intereses del sur de América, para su defensa del territorio y blindaje frente a las invasiones extranjeras. La cuestión no es solamente política; obedece pues a un intento de perdurar la identidad, social y cultural de los pueblos; al igual que, mantener la economía naciente de las naciones junto a su soberanía estatal.

De ahí, que José Carlos Mariátegui, en su texto *La Unidad de la América Indo-Española* (1924), apuntara a un objetivo parecido: unir la América que fue producto de la conquista española. Haciendo un llamado de unión y solidaridad entre pueblos hermanos, plantea el proyecto crítico, reflexivo, en el que se hace inminente la necesidad de caminar hacia un mismo fin.

La conquista española, destruyendo las culturas y las agrupaciones autóctonas, uniformó la fisionomía étnica, política y moral de la América Hispánica. Los métodos de colonización de los españoles solidarizaron la suerte de sus colonias. Los conquistadores impusieron a las poblaciones indígenas su religión y su feudalidad. La sangre española se mezcló con la sangre india. Se crearon, así, núcleos de población criolla, gérmenes de futuras nacionalidades. Luego, idénticas ideas y emociones agitaron a las colonias contra España. El proceso de formación de los pueblos indo-españoles tuvo, en suma, una trayectoria uniforme (Mariátegui, 1989, p.130).

Si bien cada proceso de conquista se dio con unas particularidades, es necesario reconocer que a partir de la conquista fueron más los motivos que unían a los pueblos sumergidos bajo las cadenas de la opresión que las cuestiones individuales que alejaban la posibilidad de generar procesos emancipatorios.

La utopía americanista, movilizó de manera uniforme los anhelos de caudillos y abanderados de la causa independentista; quienes con gran persistencia y sin perder la mirada en el futuro, lograron avances que resultan innegables a la hora de cualquier análisis. Pero la crisis avanzó junto con las generaciones posteriores, quienes fueron incapaces de continuar con el proyecto de unidad nacional; cuyas bases deberían estar forjadas con la premisa de la solidaridad de pueblos hermanos.

Los fundamentos de dicha unión se fortalecen con los lazos de la economía, trazar planes de comercio entre las naciones, potencia a su vez, la cultura y la riqueza de esta. “Los hombres que hacen la historia hispano-americana no son diversos. Hay, entre uno y otro diferencias de matiz más que de color”. (Mariátegui, 1989, p.132). Así, el proyecto que potencia la unión latinoamericana gana espacio traspasando fronteras y planteando objetivos en común.

Para José Carlos Mariátegui, aquellos que lo han precedido bajo los mismos anhelos de emancipación, no se pensaron como una individualidad perteneciente a una nación encasillada en intereses individuales, así los levantamientos de los autores anteriormente trabajados no fueron pensados desde un lugar específico encerrado por fronteras. Fueron proyectos que trascendieron dichos espacios y configuraron, en sí mismos, el discurso latinoamericano de la solidaridad y unión en los momentos en los que las garantías son mínimas y las ansias de control, explotación y enajenación perduran tanto en Occidente como en el más cercano de los enemigos de la libertad.

La utopía se encuentra presente en el pensamiento de aquellos que generaron procesos de resistencia en el territorio, en aquellos que soñaron en un primer momento con la posibilidad de transformar la realidad ajena a sus intereses y, sin lugar a duda, en aquellos que retomaron las banderas y dirigieron sus esfuerzos reflexivos y de praxis social, hacia la generación de identidades propias latinoamericanas.

La tarea se encuentra aún inconclusa, desde Bolívar los anhelos de libertad han trazado planos diversos de la utopía; la resistencia de los pueblos siempre presente y los proyectos emancipatorios se encuentran por donde quiera se dirija la mirada. Las condiciones, configuran realidades en las que prima el bien individual, el cual quiebra los espíritus de quienes acompañan los proyectos libertarios. Pero sus huellas quedan plasmadas en la historia, iluminando en el horizonte los deseos

de cambio y, por lo tanto, los nuevos proyectos emancipatorios para Latinoamérica. Tal es sin duda la tarea de la utopía.

La formalización del pensamiento, construcción de nuevas utopías

Las apuestas históricas por la generación de cambios a modelos de pensamiento revelan una importancia preponderante en los hechos latinoamericanos, dichos acontecimientos son muestra de las inmensas posibilidades en las que se desenvuelve el papel de la utopía, como debelador y motor de cambios posibles en realidades específicas.

Realizando una lectura dentro de lo que se podría llamar la formalización del pensamiento filosófico latinoamericano, se pueden encontrar, diversas posturas contenidas en su trayectoria y configuración a partir del mismo momento en que por primera vez es acuñado el término de “Filosofía Americana”. Los estudiosos al respecto toman como referente el ensayo titulado Ideas para presidir un curso de filosofía contemporánea (1842), del argentino Juan Bautista Alberdi, como el momento fundacional del concepto en cuestión, estableciendo una caracterización acerca de las principales preocupaciones orientadas por diferentes posturas, las cuales responden al contexto inmediato en distintos momentos históricos, y diversas perspectivas del pensamiento filosófico en América Latina.

Existe una preocupación común que atraviesa a todas las generaciones del pensamiento filosófico latinoamericano en su difusión que, si bien ha tomado diversas manifestaciones, esta pretende una necesidad fundamental; que estaría representada en la identificación histórica y cultural del pensamiento Filosófico Latinoamericano. En esta medida, Germán Marquínez Argote en el año de 1986, realiza una periodización, donde clasifica por generaciones los distintos momentos del pensamiento latinoamericano de la siguiente manera:

La generación de los fundadores se caracterizó por el rechazo a los dogmas heredados del positivismo puro implantado en América Latina. Como consecuencia de este rechazo, los autores

de comienzos del siglo XX², agitaron una conciencia de pensamiento guiado hacia el humanismo tomando como tema central el pensamiento propio latinoamericano.

Aquí se rescata su ímpetu, su sentimiento y su inspiración al tratar de llevar por el camino de la autenticidad el pensamiento filosófico; pero su autodidactismo y la imposibilidad de debatir los temas de su interés con otros pensadores, se convirtieron en sus limitantes al momento de cumplir con su propósito

La etapa de la normalización fue más allá que la generación anterior, diferenciándose en cuestiones metodológicas; estos autores de la segunda década del siglo XX³ pensaron en normalizar la actividad filosófica junto a otras actividades propias de una cultura. En consecuencia, centraron sus esfuerzos en salir del autodidactismo, para formarse en las producciones de la filosofía occidental, normalizando su quehacer filosófico creando, facultades de filosofía, realizando congresos, y publicando revistas especializadas, entre otras actividades. Se fundamentaron en el existencialismo, en el marxismo y en el historicismo.

La generación técnica, propuso una reflexión sobre la posibilidad del pensamiento en, desde y para América Latina⁴, donde la primera se esbozó una reflexión simplemente geográfica, es decir, una filosofía hecha por latinoamericanos. La segunda, señaló la realidad contenida dentro de ese espacio geográfico, nutrida de tradiciones universales y realidades propias; aspirando a una universalidad a partir de la realidad latinoamericana. Y la tercera, trató temas específicos de Latinoamérica, refiriéndose con esto a posicionar la existencia de problemáticas propias dentro del pensamiento latinoamericano.

Esta generación, centró sus esfuerzos en crear una filosofía autentica, es decir, que no fuese una copia mal repetida de filosofías importadas, sino que constituyera expresión de un pensamiento filosófico vivo. Como resultado de tal pensamiento hubo dos tendencias: la universalista, que se

² Dentro de los autores más destacados en este momento se encuentran: el argentino Alejandro Korn, los uruguayos José Enrique Rodó y Carlos Vaz Ferreira, los mexicanos José Vasconcelos y Antonio Caso.

³ Se resalta el papel crítico de los argentinos Carlos Astrada y Francisco Romero, el peruano José Carlos Mariátegui y el mexicano Samuel Ramos.

⁴ Durante esta época se establece el fecundo diálogo entre el mexicano Leopoldo Zea y Augusto Salazar Bondy con respecto a la identidad, autenticidad y originalidad del pensamiento filosófico latinoamericano.

ocupó de las circunstancias latinoamericanas, sin dejar de lado la tradición europea y la americanista que insistía en la originalidad de la circunstancia latinoamericana como punto de partida a una universalidad. Estas dos tendencias nunca transcurrieron por caminos distintos en términos; por el contrario, vieron la necesidad de complementarse la una a la otra para dar paso con esto a un pensamiento propio. A partir de aquí, se manifiesta un claro interés en función de un posicionamiento histórico sobre la tradición latinoamericana, que va a ser orientado por una postura de la filosofía de la cultura.

La historia de la cultura de nuestro continente debe ser entendida como la historia de la búsqueda del ser americano, de los modos de objetivación de nuestra realidad cultural, de la toma de conciencia de lo específico, original e inconfundible de la americanidad y lo universal de su sello local, particular e irrepetible (Fernández, 1999, p. 399).

El trabajo que realizaron los pensadores latinoamericanos en la generación técnica sentó una base firme para consolidar la generación de la articulación y con esta, toda su estructura para terminar de arraigar un pensamiento filosófico aterrizado en Latinoamérica, junto a la fuerte coyuntura en la cual se encontraban todos los pueblos latinoamericanos. Así se refiere Marquínez Argote al contexto histórico en el cual incursiona la generación de la articulación el pensamiento en América Latina.

La filosofía como vida teórica, por original que sea es radicalmente insuficiente si no está vertida a la solución de los problemas reales. En esta dimensión ha sido en sus mejores momentos y debe ser hoy la praxis de liberación. De aquí la preocupación de la Filosofía Latinoamericana más reciente por la articulación de los discursos teóricos a los procesos de cambio que, como aspiración y lucha, vive el pueblo latinoamericano en los momentos actuales (Marquínez, 1986, p. 9).

En esta momento se develó un claro propósito que orientó en su momento el acontecer de la filosofía política en América Latina, como garante movilizador en los procesos de cambio, cuyo actor principal era el pueblo latinoamericano, en ese contexto histórico de la década de los años 60 y 70, se destacaron en esta intencionalidad, los aportes de las corrientes marxistas y las liberacionistas de origen cristiano, cuyo aspecto común fue la de su articulación con el

pueblo, no desde los presupuestos de una acción concientizadora, desde el culto a las masas y tintes de populismo, cuando sí, desde la lucha de clases. El problema específico que se plantea (...) es el de la articulación de la filosofía a los procesos reales que vive el pueblo latinoamericano, a sus luchas de liberación (Marquínez, 1986, p. 15).

La lectura crítica de realidad conllevó a muchos de estos intelectuales a tomar posiciones frente a posturas teóricas interpretativas del momento histórico en una época en donde no solo en Latinoamérica se vivía una serie de revoluciones anti-capitalistas y anti-imperialistas, cuyos resultados generaron para el caso de muchos países el triunfo del socialismo como forma de gobierno y para otros marcaron el camino para fortalecer sus luchas descolonizadoras y emprender procesos de emancipación, haciendo posible la creación de varias agrupaciones y organizaciones, muchas de ellas de corte académico e intelectual conocidas en el medio con el nombre de movimiento postcolonial.

En el contexto Latinoamericano, específicamente se puede observar que se produjeron una generalidad de luchas las cuales en el marco de la denominada guerra fría tocaron procesos de liberación nacional cuya expresión máxima la representó el triunfo de la revolución cubana. Acontecimiento que provocó reactivamente el auge de dictaduras militares las cuales se extendieron por casi toda la región y que perduraron en el tiempo hasta la última década del siglo pasado como se puede observar en el caso chileno.

Las utopías latinoamericanas encaminadas a generar procesos de liberación y emancipación en el territorio, gozan de gran importancia al fomentar la praxis social y política generadora de cambios. Las posibilidades de encaminar los rumbos de las naciones oprimidas se suman a los esfuerzos, potenciando desde diversos sectores -académicos, obreros, estudiantes, campesinos, indígenas, afro, entre otros- la lucha por construir los caminos utópicos de la libertad.

Siendo lo anterior, tan solo una muestra de los diferentes aportes realizados por algunos personajes de la historia Latinoamericana; abre la perspectiva con respecto a los procesos y luchas que se llevaron a cabo en el territorio; además de fijar los caminos transitados posteriormente por aquellos que encuentran aún un ápice de esperanza en el actuar humano.

Es ejemplo de ello las intensas movilizaciones populares que se han producido en los últimos años en diversos países de nuestra América (Brasil, Argentina, El Salvador, Ecuador, Venezuela, Bolivia) han mostrado capacidad de lucha, de organización y de propuesta por parte de la mayoría de los movilizados. Con todo, su traducción política –por llamarle de alguna manera– no termina de verse con nitidez. Claro que los casos son disímiles (Cerutti, 2010, p.72-73).

Los esfuerzos actuales, de los pueblos oprimidos, obedecen a condiciones reguladas, ya no solamente por unas necesidades locales; sino, que responde a las políticas planteadas internacionalmente en un contexto globalizado. En el que la política neoliberal se apodera de los espacios democráticos, ocultando así, los intereses a ella demandados. Actualmente, los sectores populares no son interés de la clase política asentada en el poder; dado que las intenciones por brindar condiciones de vida dignas, no se encuentra en el plan de trabajo de dicha clase; aquellos oprimidos y/u olvidados, están llamados a resistir en medio de la pobreza y el arduo trabajo.

Ello explica que, mientras la realidad económica cotidiana (la microeconomía que afecta los bolsillos de cada quien) se hace consistentemente más dura e insensible para mayorías crecientes de población, se agudiza el malestar y crecen las manifestaciones de resistencia en medio del empobrecimiento diario (Cerutti, 2010, p.73).

Las expresiones de resistencia se polarizan severamente, dejándola como única posibilidad de sobrevivencia para los sectores oprimidos. Pero configurar dicho pensamiento se torna complejo; la esperanza se vuelve difusa en un contexto en el que las posibilidades de cambio son mínimas, en donde el obrero, el campesino, el asalariado; se encuentra tan subyugado que debe ocupar su reflexión en sobrevivir, en un contexto social y político que no brinda los elementos para generar nuevas realidades. La falta de educación, junto con las bajas condiciones laborales, se entrecruzan con las condiciones adversas que causan el olvido de la población menos favorecida.

Ahora bien, el concepto de resistencia, lejos de causar un espíritu conformista, debe alentar a quienes, por condiciones ajenas, se encuentran víctimas de las políticas desiguales e injustas en los

territorios. Se debe resistir a los ataques que ofrecen quienes se niegan a conceder condiciones de vida digna al total de la población; a igual es deber generar espacios de movilización, por parte de los sectores oprimidos, en busca de la emancipación.

Por de pronto, apoyarse y dejar emerger formas de democracia directa allí donde es factible y eficiente, conduce a la posibilidad de esbozar y bosquejar formas alternativas de conceptualizar y practicar la política respecto de la no política vigente. Lo que conlleva buscar, encontrar o inventar formas novedosas de organización y participación colectivas (Cerutti, 2010, p.75).

Así pues, la utopía y la tensión que ella genera cobra toda importancia; mantener viva la esperanza en términos positivos, anula la cuestión del conformismo frente a la realidad vigente. Los hechos reales que llevan a los sujetos a la reflexión de lo actual se encaminan hacia un negativismo de lo que está; pero a su vez, despeja el horizonte para platear nuevas prácticas. Imaginar los posibles hechos futuros, sin perder de vista los caminos ya transitados, da rienda suelta a la configuración de las diversas posibilidades que traería consigo los hechos de resistencia y emancipación tan urgentes para Latinoamérica.

Capítulo III

El modelo utopista de Darío Botero Uribe. Aportes y complemento a la utopía en Horacio Cerutti Gultbert

En la utopía de ayer se incubó la realidad de hoy, así como en la utopía de mañana
palpitarán nuevas realidades.

José Ingenieros

En la propuesta utopista presentada por Horacio Cerutti Guldberg se puede evidenciar el constante afán por revisar los planteamientos sobre los cuales se ha venido construyendo el modelo de sociedad actual; dichos proyectos han alejado de manera certera -pero a su vez casi imperceptible- los dotes de humanidad aún visibles en épocas anteriores.

La carrera del hombre hacia su autodestrucción conjuga con los argumentos pilares del avance capitalista de las sociedades evolucionadas; a costa de todo aquello que rodea al hombre y que ha acompañado su trasegar en la historia por siglos.

Pensamiento utópico en Darío Botero Uribe

Siendo el maestro colombiano Botero Uribe un personaje preocupado por el fin de la humanidad, centra su reflexión en el quehacer del hombre en un mundo sin esperanza desperdiciado por los antecesores. Pero con el mayor ánimo en las generaciones actuales y venideras, enarbola el quehacer de los pueblos, cuya identidad ha sido invisibilizada, aquellos que no son escuchados, aquellos que son negados en su ser.

Con Botero Uribe, se evidencia que la utopía goza de gran importancia en sentido de esperanza realizable; la cual, lejos de ser una mera especulación o ideal irrealizable, brinda sentido a las acciones generadoras de cambio en una realidad que no es justa ni equitativa para todos. En este sentido Botero Uribe, presenta su propuesta al contraponer los términos, utópico y utopista.

El primero, para el autor referencia una postura de ideal no realizable y el segundo moviliza las diferentes posibilidades presentes en un contexto específico; es decir, se concientiza de una realidad común, en la que la razón es aquel poder impuesto y por lo tanto la no-razón es el derecho y el deber que se tiene de pensar por fuera de los límites impuestos.

El utopista, por lo tanto, juega un papel relevante en las sociedades en las que el cambio se hace necesario. Él debe permanecer atento y realizar los análisis propios de la realidad presente para proyectar las posibilidades, que de esta puedan surgir. Se entiende pues, que la realidad es solo una de muchas que pudieron haberse dado en un contexto; por lo tanto, sería justo que en condiciones de inequidad se busque las posibles realidades; convertir el pensamiento y las posibilidades en práctica liberadora.

Ahora bien, para Botero Uribe las realidades son impredecibles; así mismo, el futuro también resulta indeterminado. Pero no por esto el proyecto utopista fracasaría, al contrario, se pueden llegar a acuerdos posibles frente a lo que se quiere y caminar sobre sendas seguras, hacia un proyecto que está en construcción.

El pensar de una manera contraria al utópico daría por culminado cualquier proyecto de cambio que se pudiese llevar a cabo, sería asumir una postura pesimista y conformista donde las posibilidades de cambio no generarían ningún interés en los sujetos oprimidos por la razón actual. Se debe ser consiente también que los procesos sociales son lentos y de largo aliento, en lo que no se puede desfallecer al no encontrar resultados inmediatos. Dichas posturas, la pesimista y la inmediateista, truncan las posibilidades de cambio, de libertad de igualdad y de justicia que se puedan presentar en un contexto específico, entre lo que está y lo que se quiere. Así, la utopía se refiere al imaginar, vislumbrar, es el pensar mismo de los seres inquietos y tocados por una realidad que es merecedora de cambio.

Todo sistema político y todo ordenamiento jurídico presuponen un orden. Un orden es una estructura normativa que rige en un espacio y en un tiempo determinados. Todo orden representa un acuerdo de los asociados o una imposición de los poderosos (Botero, 2005, p. 167).

La utopía en Botero Uribe consiste en cuestionar lo que está presente como realidad, como racionalidad; por lo tanto, ese mismo pensamiento que surge de la duda y el inconformismo fundamenta la propuesta utópica, aquella que a su vez se encuentra fuera del campo racional dominante. La razón es normativa, es un parámetro que establecen los hombres dentro de un proceso de civilización determinado, pero no algo convenido o propuesto voluntariamente, sino algo que se impone como una síntesis del proceso social (Botero, 2000, p. 10). Por lo anterior, al estar inmersos en una realidad impuesta y dominante, lejos de todo pacto o convenio, los seres humanos deben pensar fuera de esta, las posibilidades; que si bien, en un primer momento no se presentan como racionalidades, si llegarán a serlo. De ahí la posibilidad y la validez de la utopía.

Los ejemplos para dar fundamento a lo anterior son diversos; en estos términos, Botero Uribe vislumbra solamente algunos: el cambio de pensamiento y de racionalidad presentado en el Renacimiento, donde lo impuesto y por lo tanto lo válido parecía ser la escolástica y la metafísica, remplazadas a su vez por la ciencia moderna, propiciando así, un cambio epistémico. Por otro lado, las monarquías también se presentaron en su momento como racionalidades, las cuales fueron ilegítimas para aquellos que se veían afectados por su actuar, creando así, las revoluciones liberales generando un cambio a nivel político. Por último, el capitalismo como sistema dominante brindó la posibilidad de análisis referente a su accionar creando propuestas y pensamiento utópico a partir de aquellas posibilidades que dentro del sistema eran contrarias a la propuesta.

Se resalta pues, la connotación de imposición y dominio que se ejerce dentro de cada una de las realidades; de no ser así, no se pondría a prueba aquel pensamiento utópico que dinamiza, a partir de la crítica, la construcción y generación de cambios posibles para una sociedad que se encuentra agobiada y oprimida por la razón imperante. Pensar en un camino diferente, en un cambio de realidad, se hace evidentemente por fuera de aquello que se impone como pensamiento único y establecido; es decir por fuera de la razón actual; de ahí, que los proyectos de cambio sean atacados y tildados de irracionales.

La utopía es, entonces desde un punto de vista, la distancia entre una racionalidad dominante, gastada y castrante, y una racionalidad previsible, que posibilita un pensamiento y una acción más

ricos, más comprensivos o gratificantes (Botero, 2000, p. 12). Por lo tanto, la utopía es derecho y deber de los seres humanos a no conformar sus vidas ante las injusticias, ante la deshumanización y el desconocimiento del otro; propiciando de esta manera cambios reales e igualitarios impulsados por la sensibilidad y el goce de lo que está en construcción.

Ahora bien, se debe aclarar que el cambio generado solo hace parte de un proyecto más amplio y que cada acción es una parte de lo que pudo ser, es un paso propuesto para pensar y construir la utopía. Así, cada pensamiento enfocado a la utopía reconoce en sí mismo una posibilidad no establecida y no contemplada hasta el momento; de la cual, surgen una pluralidad de relaciones y eventos. La utopía representa la búsqueda constante de la justicia, el retorno a lo humano; aquello que se ha venido perdiendo por las racionalidades globales y lógicas capitalistas que guían a los seres humanos hacia un consumo desmedido y una individualización del ser sin sentido.

La utopía es la inconformidad como criterio creado. Es el reconocimiento de que lo realizado por el hombre en la historia es sólo una parte de lo que pudo ser. Siempre es posible un más allá un mejor, una separación de lo realizado (Botero, 2000, p. 14).

De esta manera se presentan dos caminos entre los cuales transita la utopía, la historia como es y los hechos históricos como podrían ser. En el primero se encuentra lo totalizante y hegemónico, en el segundo la posibilidad de pensar una realidad diferente; una en la que se reconozca que no se ha hecho todo lo que se había podido hacer, es decir, que aún se cuenta con más posibilidades de construcción de realidad diversas a las que se han impuesto.

Esto da a entender que el pensamiento utópico no se cierra, no se totaliza, siempre está abierto a múltiples reconstrucciones, reconsideraciones acompañadas del análisis constante de la realidad; siempre se puede hacer algo diferente, dar un paso más. Ahora, La utopía no busca un mundo más feliz; de ser así, se incurriría en el error de suponer cerrado el ciclo al momento de creer conseguirla; lo que genera una contradicción en la propuesta. La búsqueda de la utopía no tiene término, se debe saber que siempre se está en un constante caminar, con el valor suficiente para aceptar que siempre se puede hacer algo más.

Bajo esta postura se puede evidenciar, de qué manera se han venido abajo diferentes proyectos, que, al saberse acabados, finalizados; cierran filas y establecen lo construido como modelo único, totalizando pensamientos e ideas que podrían tener aún un desarrollo más amplio. Esto los convierte en posturas rígidas impermeables a los posibles cambios que se pudiesen generar.

La utopía busca cambiar el orden establecido, esta tarea se logra en la vida cotidiana, en el diario vivir de los sujetos pensantes que construyen la realidad fuera de categorías determinadas. Si bien la razón define -en muchos casos- las acciones de los sujetos en el orden social, político y económico; es la utopía la que le da el movimiento y dota de carácter verdadero, al reconocer lo incompleto de la vida humana y con esto se establece una autorresponsabilidad ética.

La propuesta utopista es humanista, busca la libertad de los sujetos, su buena convivencia y la reivindicación de la dignidad; desde la que se lucha contra todo tipo de imposiciones o formas alienantes y autoritarias. La utopía es la lucha por la vida. Ahora bien, al ser la imaginación un elemento primordial para pensar más allá de lo establecido, es la utopía la que pone un límite en ella y la dirige hacia lo pensable y realizable, abriendo así, la oportunidad de unir la razón y la no-razón, lo establecido con lo posible en movimiento dialéctico.

El descubrimiento de la “legalidad” del mundo de la no-razón, de su alternación con la razón para configurar la conducta humana, da a la utopía por primera vez, filosóficamente, la capacidad de construir lo posible sin caer en lo imposible, en lo iluso, en lo irreal (Botero, 2000, p. 34).

La salida que brinda Botero Uribe, al conjugar la razón humana con la no-razón, deja al concepto de utopía, en la categoría de proyecto creador realizable dentro de un contexto específico; así la utopía se posiciona fuera de las miradas escépticas que la daban como un sueño irrealizable y por el contrario le brinda dinamismo a la existencia humana al plantear un cambio progresivo

La libertad y la humanización abanderan el proyecto utópico; nada más alejado que pensar en la utopía como un irrealizable, un sueño inalcanzable. Cada que se lleva a cabo un proyecto utópico, se eleva a su vez otro que continúa en su camino incansable por el reconocimiento del

otro en todas sus formas y goces. La utopía es un pensamiento dialectico que subvierte el orden establecido; funda una ética personal, alejada de la moralidad represiva; desde la cual, se establezca la convivencia como principio de libertad y justicia. Se busca un ser humano libre en su actuar responsable con el otro y no un individuo productor alienado. El ser humano tampoco puede ser encasillado; ya que, también se encuentra en constante cambio y este dinamismo consciente, moviliza pensamiento y praxis para una liberación de la realidad dominante.

La búsqueda de todo aquello que se quiere lograr nutre las reflexiones y las acciones hacia un fin; pero este, no puede tener un carácter eterno. Pensar en términos de eternidad, también recaería en una ilusión. Se busca lo aceptable en mayor grado, para superar lo impuesto. Los utopistas pues, plantean su línea de acción desde un orden social prefigurado, puesto que dichos ordenes son complejos y no se pueden sustituir por otros, sin el uso de la violencia generalizada, cuestión que Botero Uribe descarta de entrada, al asegurar que dicho accionar, crea vicios dentro del sistema.

El orden (social) es algo que tiene que construirse en un proceso más o menos largo. La cultura está implicada en un orden social: un orden que no ha sido asumido, construido, adaptado, vivido por la gente, no puede ser más que un orden impuesto por la violencia. Los resultados son catastróficos (Botero, 2005, p. 169).

Así el papel del utopista se centra en mantener una crítica social, ética, política para adentrar en el sistema generando cambios que el poder totalitario no ve. No se juega a imponer poderes, ni suprimir a la fuerza el presente. La utopía es consciente del futuro que pretende formular y comprende a su vez que los procesos sociales son diversos y responden a nuevas estructuras y necesidades del contexto. Por lo tanto, la tarea de la utopía no descansa, por el contrario, se debe mantener en constante alerta, ya que, si se logra el cambio requerido, es deber volver a comenzar manteniendo siempre la vista en el horizonte, vislumbrando los diferentes campos de acción, conservando vivo el proyecto intelectual. El pensamiento mantiene una brecha con respecto a la realidad, así lo que busca la utopía es acercar lo más posible la una de la otra, debido a que, es imposible unir las definitivamente en un proyecto acabado. La utopía, siempre estará en busca de la humanización.

El proyecto antropológico

La propuesta antropológica de Botero Uribe, plantea en la utopía, una búsqueda humanista en la que el pensamiento brinde la posibilidad de ir más allá de la praxis. Todo lo que puede ser pensado define de por sí, una crítica, un análisis desde el cual se evalúan múltiples posibilidades de lo que puede ser la realidad.

La utopía piensa que siempre es posible avanzar en la humanización. El hombre es un ser de posibles: un creador modelado por la cultura, pero con capacidad de crear valores, de producir sentido, de modificar las prácticas por arraigadas que sean; de proyectar sus intenciones y su pensamiento, para quitarle al mundo su ajenidad (Botero, 2000, p. 28).

La praxis, se vitaliza por medio de la innovación y el inconformismo como impulsador de la creación, lo que genera en el ser humano una posibilidad permanente de vida. La renuncia a la imaginación y por lo tanto a la creatividad, lleva al hombre a un determinismo en el cual se pierde su condición y se impone el pensamiento dominante. El individuo debe ser consciente de su situación, autoevaluar su pensar y actuar, sin incurrir en limitaciones de ningún tipo. Debe comprender, saber, conocer y hacer; autoprojectarse en el mundo siendo parte él y no un mero espectador que espera con calma lograr un aprovechamiento de las condiciones.

El individuo, cuenta con la capacidad de conocer indefinidamente aquello que lo rodea; pero no es la capacidad de información lo que lo hace ser lo que es; sino, su capacidad de cultivarse a sí mismo, en su campo ético, político y social.

El hombre que no se autoconstruye como individuo es el hombre masa, el hombre del rebaño. Carece de identidad y, por tanto, no puede definir un proyecto autoconsciente de vida. Depende totalmente de las circunstancias, de las oportunidades, navega al garete y su destino es la conjunción de las más inapropiadas contingencias (Botero, 2000, p. 46).

El hombre que describe Botero Uribe, es la fiel mirada de aquellos individuos que no cuentan con una responsabilidad frente a sus actos; por lo tanto, desconoce lo que depara el futuro para él. Deja

su vida a la suerte de lo que pueda suceder, perdiendo la capacidad crítica de analizar y proponer caminos diversos a las situaciones actuales de injusticia y opresión.

Este hombre produce y patrocina la inequidad, la injusticia, la desigualdad, la opresión. Al no hacerse garante de su lugar en el mundo y su compromiso con el otro. No se hace responsable de su actuar, pero si es culpable de mantener activo un poder dominante para los demás. La autoconciencia, garantiza un individuo consciente de su realidad y de su entorno; que en su construcción ética, social y política; se configure alejado de la moral impuesta, una sociedad opresora y la dominación política. La autoconciencia, por lo tanto, configura un individuo independiente, que busca la libertad y construye su identidad paso a paso.

La utopía propone una humanización perdida, un retorno a la conciencia de los individuos para diferenciarlos de los autómatas. Aquellos, capaces de construir, producir e incluso pensar buscando beneficio de sus acciones, manteniendo lo fundamental pero alejado de la humanización. Lo que nos humaniza es todo aquello que posibilita el animal simbólico: el nombrar, el dar sentido, el crear, el defender la cultura y los intereses del hombre más allá de cualquier otra consideración (Botero, 2000, p. 46).

La diferenciación que realiza Botero Uribe entre el hombre tipo y el individuo autoconsciente resulta crucial al momento de comprender su propuesta antropológica y de construcción de individuos. El primero es comprendido como aquel que cuenta con estereotipos establecidos en el pensamiento dominante e impuesto y sobre él se fundamenta todo su actuar. El segundo está en búsqueda continua de la humanización, responsable con el otro y por lo tanto en la continua configuración de un futuro justo y libre.

La razón dominante a calado tan fuertemente en la conciencia del hombre, que lo que muchas veces se anhela, son unas supuestas seguridades brindadas por los que generan la realidad dominante. A tal punto que el hombre teme por sí mismo, por su plenitud, por su pensar, hasta por su libertad. Se ha hecho creer que la libertad de los individuos podría resultar en un proceso nocivo para las sociedades; por lo tanto, no es necesario cuestionar lo que hay presente, no se hace

necesario cultivar la autoconciencia en los seres. Nada más perjudicial para la construcción de la utopía, que el temor de lo que se puede llegar a lograr por medio de las acciones del pensamiento.

No hay que tener miedo a la libertad: la libertad no conspira contra la sociabilidad. La libertad funda la autorresponsabilidad social, fortalece los lazos de sociabilidad. La libertad no es arbitrariedad ni caos, sino autorresponsabilidad y eticidad es decir, individualidad autoconsciente (Botero, 2000, p. 47).

El miedo al cambio demostrado por parte de los hombres en una sociedad, no es inherente a él, no está en su naturaleza; es impuesto por los poderes dominantes, que dentro de su racionalidad no les conviene un cambio a los modelos impuestos por ellos. Generan temor hacia las percepciones diferentes, atacan con severidad cualquier tipo de pensamiento contrario, sembrando la idea que el cambio es un peligro para el bienestar social. El pensar que el hombre debe estar controlado y determinado, causa miedo e incluso una visión negativa de la libertad, y como consecuencia a ello, el desentendimiento de su realidad restringida. La libertad no es el caos, los hombres que pasan por encima de sus iguales, pierde la libertad, de la misma manera que los que van en contra de la sociabilidad.

La responsabilidad del hombre libre es luchar contra el orden injusto y opresor; ese es el deber del individuo socialmente responsable. El autoconocimiento y el autoexamen lo llevan a adoptar una ética personal equilibrada entre lo que se quiere y los intereses de la sociedad. La construcción de individuo realiza el proyecto autoconsciente como destino personal, asumiendo un destino con los avatares propios de la vida, pero con la energía vital para afrontarlos. No se puede dejar al azar todo aquello que nos configura, de hacerlo; se estaría adentrando en la concepción determinista del mundo y con esto, en la negación de un pensamiento utópico como posibilidad de pensamiento.

La autoconciencia, proyecta una vida humanizada, gratificante y posibilita la construcción la utopía a nivel de realidad. La autoconciencia no absolutiza al hombre entre lo bueno y lo malo o lo biológico y lo social; por lo tanto, el hombre asume una postura intermedia y transita ambos caminos, no puede haber lo uno sin lo otro.

Pero la cuestión no es tan simple; al asumir una postura de tránsito entre lo bueno y lo malo, la justicia y la injusticia; se puede caer en errores de gran magnitud o afrontar acciones en contra de la humanización. Muchos actos aberrantes en la historia se han cometido en nombre de la justicia y muchas veces también se ha caído en el error de aceptar posturas contrarias a todo principio humano aludiendo a la bondad y a los que actúan en su nombre.

Se debe andar con precaución y especial tacto, para no caer en determinismos que alejen la proyección de realización utópica. “Sólo el filósofo sabe que persiguiendo el bien consecuentemente se asume el mal, que no hay bien sin mal, que ningún concepto es unívoco ni verdadero en sentido pleno” (Botero, 2000, p. 51). Pero, si es necesario plantear unas categorías que lleven a la reflexión sobre la vida misma, sin absolutizar las construcciones que de allí se obtengan.

Botero Uribe, plantea una humanización de la vida. Esta no consiste en alejarse de la relación animal, sino de arraigar su condición humana en sus actos, el hombre marca de una manera singular todo aquello que realiza; contextualizando el mundo en el que se desenvuelve, sacia las necesidades e inspecciona su entorno.

Ahora bien, todo aquello que hace al hombre debe estar mediado por una concepción ética, en la que se fortalezca la conciencia social, la conciencia por el otro. Al parecer esta tarea está en construcción constante; no se ahorra en esfuerzos para mantener dicho proyecto como bandera en el actuar diario. El hombre al construir su contexto se proyecta a sí mismo, y esto dota de sentido su actuar, su vida. Pero, no encuentra un sentido claro; basta con mirar lo que expresa por medio del arte hoy día; la soledad infinita, el individualismo propio de la época desorienta y nubla el camino. La vida misma carece de valor, pero el hombre no se conforma con este hecho; busca diferentes salidas para no desamparar su voluntad a la suerte.

La ciencia parece brindar algunas respuestas, pero la constante comprobación de los hechos instrumentaliza el entorno y deja por fuera parte de la realidad humana, aquello inherente al hombre, la imaginación. La rigurosidad envuelve el entorno desconociendo lo inexplicable por sus métodos. Por su parte, religión parece dar sentido a la vida humana, pero el accionar de la propuesta

trascendente niega la vida misma; la eleva a un plano en el que es necesario morir para vivir; lo que lleva a una aceptación sin más de su realidad sin querer transformarla, sólo esperar la muerte para que su vida mejore y tome algún sentido favorable. Se deja todo lo que se es, en un hecho que niega la vida misma. La política, a causa el poder carece de espíritu; centra su accionar en la confrontación de grupos diversos que lejos de buscar una construcción conjunta, profundizan en aquellas cosas que los separa.

Las ideas políticas cautivan los espíritus, pero el poder en la concepción tradicional es violencia y en las concepciones más recientes, el poder-pulsión y el poder comunicativo, no es violencia en sí mismo, pero está ligado en la praxis a una mayor o menor cantidad de violencia (Botero, 2000, p. 58).

Sobre dicha base se fundan los gobiernos, poder y violencia, en ello tampoco se le encuentra sentido a la vida; todo hecho violento deslegitima el proyecto utopista. Pero hay que recordar también, que no se es absolutamente bueno o cien por ciento malo; al igual ocurre con el poder y la violencia; resaltando el valor de la comunicación.

Botero Uribe, presenta una salida que, si bien no es nueva, sí cuenta con un elemento renovador en el erotismo; donde encuentra un escape para dotar de sentido una vida que parecía perdida entre la dominación, la resignación y la constatación de imposición de parámetros determinados. Por medio del erotismo, parece superada la soledad, la necesidad de aprendizaje y la percepción de lo humano se enaltece en construcción con el otro. Se libera y encuentra un sentido de realización de la vida.

Es innegable que en la historia se han construido proyectos que parecen dotar de sentido la vida humana, pero en algún momento este se pierde en el firmamento. Proyectos políticos, teorías referentes al comportamiento humano que vislumbran en algún momento un panorama favorable; pero acaso ¿no es esto mismo el sentido de la utopía? ¿Un constante caminar en un proyecto inacabado?

El sentido de la vida no se encuentra en parte alguna, no se puede pensar tampoco como una categoría universal; por lo tanto, aquel sentido se debe buscar, construir a diario, individualmente,

pero con sentido comunitario. Lo que guía, si se quiere, los ánimos hacia una libertad emancipadora; siendo esto, tal vez, la categoría más general a la que pueda llegar para convenir a todos los hombres.

La autoconciencia de vida comprende un proyecto elevado de sí mismo en todo sentido, debe ser gratificante y llena de gozo. Sin importar la índole del proyecto este debe concentrar los intereses más profundos para su realización; siendo por medio de este que se logra la libertad. El proyecto de vida debe contar con unos insumos mínimos de realización, como lo son: el erotismo, la creación estética, la creación intelectual, la actividad gratificante, el goce de vivir y el derecho a tomar decisiones referentes a la finalización de su propia vida.

“Un proyecto consciente de vida no disminuye la cooperación social, la participación ciudadana, la autorresponsabilidad social, sino por el contrario, aumenta la eticidad y la conciencia social” (Botero, 2000, p. 62). Sin olvidar que por ningún motivo se puede llegar a caer en la dominación política. La utopía lucha por la libertad de los hombres, por la eliminación de pensamientos generalizados, desde los cuales se le domina y se le masifica. Sólo los hombres libres tienen la posibilidad de llevar la bandera del proyecto consiente de vida, para una construcción en comunidad.

Un elemento que resulta inherente al hombre y por lo tanto preponderante a la hora de realizar cualquier tipo de reflexión es el trabajo. Por medio de este, el ser humano se realiza, mueve las sociedades e impulsa la productividad. Pero también es un medio para dominarlo y acumular riqueza. Aun así, el trabajo es también una actividad vital para su realización. Ya había advertido Karl Marx; que en él es donde el hombre realiza su ser, en una apuesta ontológica.

Ahora bien, en una sociedad enfocada en el capitalismo, el trabajo pierde su razón de fundamento ontológico para el hombre y su productividad es tenido en cuenta como producto y horas de labor. Pero las sociedades avanzan y la tecnología va desplazando al hombre a confines aún más lejanos del impulso vital, anulando su libertad y su creatividad. Por lo tanto, la utopía en este caso, propone superar dichas condiciones por medio de la actividad libre.

La tarea no es sencilla, el trabajo vivo es cada vez menos necesario en las sociedades impulsadas por el desarrollo tecnológico. Pero a su vez, esta tecnología promueve el desarrollo intelectual, al requerir expertos, investigadores y científicos para llevar a cabo su proceso. En las dinámicas sociales, el obrero va quedando rezagado; las necesidades de expertos forjan unas condiciones en las que se puede hacer parte del proceso productivo de diversas maneras; permitiendo así, el movimiento libre y la realización como individuos.

La abolición del trabajo facilitará el tránsito hacia formas productivas y de organización social más fluidas, más autónomas, que no dependan directamente del capital, ni de los productores sino de la competencia profesional, de la capacidad técnica, de la investigación científica (Botero, 2000, p. 64).

Al tener una actividad libre, los hombres salen del dominio del patrón, y se plantean asociaciones que reúnan a los expertos y así, poder hacer diversos movimientos que garanticen la investigación, la autonomía, la libertad. La realidad laboral, señala que el sistema en el cual se desarrolla las dinámicas sociales actuales no permiten que dicha iniciativa se lleve en buenos términos. Las largas jornadas, el bajo salario y el poco apoyo educativo; muestran que la tarea es diaria y que es por medio de la utopía, como se lograrán unas condiciones justas e igualitarias.

Al problema del trabajo, se le une que cuenta con una relevancia importante en la configuración de individuos y que de igual manera forja las dinámicas sociales, culturales, económicas y políticas. El papel de la religión ha protagonizado gran parte de la historia del hombre; este elemento atañe a la configuración del mundo tal y como se conoce actualmente. Pero para Botero Uribe, resulta ser un elemento de falsa espiritualidad; al no ser casualidad que en los momentos en el que los hombres han manifestado mayor control de sí mismos, creación y crítica, las religiones parecen caer a un segundo plano.

Una de las tareas propuestas, es crear una espiritualidad propia alejada de falsedades; que den un camino seguro de creación y libertad. Una de Las salidas propuestas en la historia es el marxismo, que con aires de libertad encabezaba la emancipación humana. Pero su cerco cada vez más próximo, hizo que se atendiera lo urgente y no lo importante, y los esfuerzos teóricos y vitales se

vieron truncados por los ataques enemigos. Al igual que los esfuerzos del anarquismo libertario; quienes también se propusieron un camino hacia la libertad humana. Pero que al igual que los anteriores se vieron encerrados por las dinámicas propias de los movimientos obreros.

La propuesta de Botero Uribe, refiere a un arte; pero, no a uno que enseñe cómo vivir, sino al arte como expresión de vida, como sensibilidad. “El arte en la medida en que profundice la crítica de las formas de vida, lo hace desde un parámetro sin el cual la crítica es imposible” (Botero, 2000, p. 68). El sentido crítico del arte es puesto por la reflexión estética; siendo verdadera expresión de utopía. El individuo que lee el contexto por medio del arte cuenta con la capacidad para pensar una realidad cambiante y llevar a cabo su transformación.

Si la mirada estética del arte configura una postura de cambio por medio del goce, de la alegría, de la reflexión, en la vida misma; entonces ese fundamento, es el que también debe acompañar el camino hacia la espiritualidad. Y qué otra manera de consolidar dicha propuesta que el compartir con el otro, ese otro en el cual se fleja el individuo mismo y se le da valor a la existencia.

En comunión con el otro, se reconoce la individualidad, el mundo y las necesidades que acompañan su caminar. Si esta no es una espiritualidad de creación, de goce, de esfuerzo y de construcción, entonces, ¿qué lo será? Botero Uribe, centra en la amistad su propuesta, a saber, que es en ella donde se construye en solidaridad; sin dejar de lado su individualidad, su libertad. Comparten ideas y por medio de ellas crean y producen una realidad que se configura en el cambio común; como hombres libres, pensantes y creadores.

“Pensar no es repetir; pensar es crear relaciones inéditas, posibilidades nuevas, formas originales y frescas de entender la realidad, idear conceptos o reconstruir los conceptos usuales, crear valores, vislumbrar posibilidades desconocidas de acción, de vida, de proyección humana” (Botero, 2000, p. 70). La realidad no se agota, se conoce desde una perspectiva, pero esta puede ser cambiante, en eso se constituye el pensamiento; en un constante evaluar la realidad, para adquirir un conocimiento que ubique la reflexión de lo que está presente.

El hombre ha encontrado diversas maneras de conocer y de acercarse al pensamiento. Por medio de las ciencias, con un pensamiento de verificación determinado. Por medio de la filosofía, donde el pensamiento se interroga acerca de los principios que acompañan la reflexión científica positivista como objeto de epistemologías. El conocimiento de la filosofía crítica se pregunta por la vida social, las artes y la ciencia. Aplicando la crítica en tanto la función de cada una, en las sociedades y su posibilidad creadora. La estrategia de conocimiento por medio de la utopía, no se limita a lo expuesto por las ciencias, va más allá de todo determinismo, sin transgredir su utilidad.

“El pensamiento, en suma, debe ser reflexivo. Aquí aparece la filosofía: un pensamiento de la coherencia, de la legitimidad, de la eticidad, del sentido”. (Botero, 2000, p. 74). La visión amplia que ofrece la filosofía, rebasa a las ciencias cuyo fin es delimitado por la razón y el territorio del saber desde el cual trabaja. La filosofía por su parte reflexiona desde cualquier campo -al no saberse inscrita en uno- y sus implicaciones sociales.

Los tres tipos de conocimiento propuestos por Botero Uribe conjugan un camino en el que se complementa y se construye uno nuevo. El conocimiento de las ciencias, la filosofía y del arte; son a su tiempo, investigación, autorreflexión e intuición. La utopía parte del hombre y busca conocer su humanidad; por medio del cual, se manifiesta su autoconocimiento capaz de transformar su entorno.

Botero Uribe, propone dos tipos de pensamiento el racional y el entitativo. “Pensar no es solo problema de la razón, como se ha creído tradicionalmente. Pensar es un problema de la razón, de la sensibilidad y de la imaginación” (Botero, 2000, p. 75). Entendido de esta manera, el pensar conjugua la razón con la sensibilidad, permitiendo ir más allá de lo que aparente se presenta, sin pensar de manera racional la no-razón; sin tener que negar aquella sensibilidad e imaginación desde la cual también se conforma el mundo del hombre y se transforma su realidad.

La utopía en la actualidad se presenta, ya no, como una seguridad ni tampoco como un ilusorio, sino como componente de contrucción que guía los esfuerzos hacia la consecución de un fin realizable como elemento político.

Conclusión: Encuentros y desencuentros Botero Uribe- Cerutti Guldberg

¿Para qué sirve la utopía? Esa pregunta me la hago todos los días: la utopía está en el horizonte y luego de que camino diez pasos, está diez pasos más allá, camino veinte pasos y está aún más lejos y por más que camine no la alcanzaré jamás, pero para eso sirven las utopías: para caminar”

Eduardo Galeano

Es precisamente este caminar del que habla Eduardo Galeano, el que ha acompañado las reflexiones, en la formulación de un estudio, que si bien, no constituye un proyecto acabado, si servirá para dar los primeros diez pasos que nombra el autor.

La utopía planteada por Tomás Moro, el cual la recoge de Platón y se sigue desarrollando con autores como Mannheim, Bloch, Ricoeur y los mismos Horacio Cerutti y Darío Botero, para el caso latinoamericano; suscitan diversas críticas y poseen contraventores en todas las etapas del pensamiento. La incredulidad o mejor, el panorama desolador en el que siempre ha estado la humanidad, impulsa los ánimos negativos a adelantar campañas donde parece mejor quedar de brazos cruzados. Se utiliza esta figura, ya que, si la situación fuese de crítica seria, también se configuraría como una alternativa a lo que evidentemente está mal planteado; es decir, la utopía no busca posicionarse o autodenominarse como vanguardia; por el contrario, busca en la construcción común de un panorama diferente, fundamentado en la justicia, la bondad y la felicidad para todos. Cuestión que se construye con el diálogo, las discusiones y sobremanera en el entendimiento y el reconocimiento del otro.

Es así, como la oportunidad de diálogo que se brinda desde la perspectiva latinoamericana, resulta sumamente provechosa, al cruzar los caminos de dos grandes autores: Horacio Cerutti Guldberg y Darío Botero Uribe, constructores de utopías en el territorio. Ahora bien, vale la pena distinguir la formulación de sus planteamientos y la naturaleza de estas, para aportar una mejor comprensión de lo hasta aquí trabajado. A saber, que la propuesta de Horacio Cerutti, se expone desde un marco de praxis político – epistemológico y lo desarrollado por Darío Botero, enuncia su actuar desde un campo ético – ontológico.

Para empezar por este último, se debe partir del hecho en el que, un poder desmedido, individualizado y concentrado en unos pocos, lo hace ilegítimo y merecedor de cambio. Aquello que se presenta como un único modelo razonable, debe ser sustituido y re-pensado dentro de un contexto justo e igualitario. Pasar de la razón a la no-razón. La utopía es un proyecto que se forja desde la reivindicación humana, en el campo social, económico, cultural, por lo tanto, su interés debería ser ético-político.

Botero Uribe plantea todo un sistema que es susceptible a cambios, pendiente siempre de la realidad de los contextos humanos y cómo estos forjan nuevas posturas utópicas en el horizonte. En el vitalismo cósmico, el individuo es único y universal; pone la vida como elemento central del pensamiento filosófico, tratando de vitalizar todo lo que rodea al ser humano; sin ser esta energía metafísica, pero si diferente a la materia, logra su fin solo desde allí situada.

El hombre no puede ser concebido como un ser vivo en el Cosmos, sino más bien como un ser cósmico en la vida; el Cosmos es el origen y la materia irrebasable de la naturaleza en tanto orden de la vida, y por esto lo es también del hombre (Botero, 2004, p. 115).

Con lo anterior, Botero Uribe concibe la vida como una fuerza creadora y organizativa generada por el cosmos, que crea una nueva dimensión (Botero, 2004). Ahora bien, el hombre en su capacidad de comunicación causa una distinción entre los demás estilos de vida; por lo tanto, sin salir de la naturaleza se diferencia como un ser cósmico, capaz de distinguir y generar hechos consientes dentro de la misma.

Teniendo en cuenta la capacidad que adquirió el hombre tras miles de años de evolución, se ubica en una transnaturaleza, desde donde posibilita espacios de análisis y creación, transformando su realidad y siguiendo sus necesidades. Lo que de una u otra manera se puede convertir en una fuerza desmedida de autodestrucción si no se es totalmente consiente de lo que sus actos pueden llegar a causar.

“El hombre es un ser cósmico que habla, piensa, ríe, imagina, desea, produce, crea...y puede llevar a la praxis sus proyectos” (Botero, 2004, p. 115). Así, los hechos que refiere Botero Uribe, son en el mundo su propio conocimiento y su actuar en él. El cosmos, por su parte es el espacio donde se relaciona la naturaleza y el hombre en constante movimiento. Por esta razón, el cosmos no es pasivo, sino que posibilita la interacción hombre-Cosmos, relacionados con la vida. Al ser esta última causa de un hecho complejo que se origina de ella misma, todo vuelve a ella y la angustia de los hombres al ver cercano el final, se traduce en vida misma. Aquello que finaliza es la subjetividad de la forma de este individuo.

El lenguaje y la necesidad de esta para comunicarse, generó la evolución del hombre tal como se concibe hoy día. El discurso generado de esta necesidad es en sí, la esencia del hombre de la cual no se es ajeno en el mundo. “El hombre es, pues, natural-transnatural, ser biológico y ser de discurso, inmerso en la naturaleza, poseedor de ciencia y un talento que le permite interactuar con la naturaleza e incluso dañarla” (Botero, 2004, p. 116).

Naturaleza y transnaturaleza deben estar equilibradas, al ser elementos esenciales en la configuración del hombre. El cual, al lograr dicho equilibrio, proyecta su humanidad vital y creadora. Por el contrario, el desequilibrio entre estas, causan los estados más deshumanizantes entre los hombres; las guerras, el uso desmedido de la naturaleza, los adelantos tecnológicos, acompañan la destrucción y el sobreponer los intereses individuales a pesar de las consecuencias colectivas. “El Vitalismo Cósmico es por ello la única teoría capaz de concebir en su génesis, la armonización de la vida y de equilibrar a través de la autoeducación naturaleza-transnaturaleza” (Botero, 2004, p. 117).

Si bien Botero Uribe mantiene una propuesta diferente a la de Cerutti Guldberg, estos dos autores convergen en puntos cruciales para lograr la evolución en términos humanos. Y es en la educación donde se entrelazan estas dos propuestas; haciendo evidente la importancia de esta para poder generar espacios de reflexión y conciencia de la realidad en la cual se desarrolla la vida misma.

La naturaleza humana, lleva a los sujetos inmersos en esta a intentar moldear la realidad en la cual se desarrollan a su gusto o preferencia, estableciendo muchas veces normatividades forzadas a

espacios que sugieren un actuar diferente. Por otro lado, el ser humano al no poder transformar a su antojo la realidad presente, decide huir de la cotidianidad, sin percatarse, que esta resulta inevitable al ser su realidad; por lo tanto, imagina de un modo u otro que ya no hace parte de esta, evitando así su transformación.

Ambas actitudes suelen ser estériles en lo que pretenden, pero no necesariamente lo son en sentido completo. Porque, al fin y al cabo, constituyen una especie de entrenamiento, algo así como hacer spinning o, más a la antigua, bicicleta fija. Podrían ser una cierta preparación para otra cosa, para otra actividad, para otra actitud. En tanto propuestas caprichosas e irrealizables, voluntarismo desbocado y fuga exasperada constituyen formas de utopismo (Cerutti, 2010, p. 22).

En este sentido, la educación al ser de naturaleza reguladora y/o castrante, interfiere en los procesos desde los cuales se permite crear, pensar por fuera de lo establecido, proponer realidades “absurdas”. Así, el sujeto desde muy corta edad aprende a relacionarse en sentido de la sumisión, el sometimiento y la adaptación al medio en el que se desarrolla. Lo anterior conlleva a una aceptación de lo presente, desarrollando un conformismo con la realidad y lo que resulta aún peor, la idea que desarrollar planes diferentes en un futuro resulta completamente imposible.

Es apenas natural que la reacción de los sujetos configurados dentro de estos parámetros sea de esta manera. La experiencia de los mismos, lleva a la práctica hechos de exclusión y violencia entre los cuales se hace más conveniente no pensar por fuera de lo establecido. Pero esto no puede ser de ningún modo el camino a tomar, ya que, así no se quiera hacer nada, las dinámicas de vida, los contextos e incluso las personas se encuentran en constante cambio; a lo que no se puede permanecer inmóvil del todo, las cosas cambian así el interés sea contrario.

Cerutti Guldberg, plantea subvertir y encauzar de nuevo el papel que debe desarrollar la educación; entendiendo esta, como el elemento clave de estímulo hacia la creación de nuevas alternativas, rebeldes, pensadas y planeadas por fuera de lo que se había mostrado como inamovible. El resistir a las condiciones ofrecidas por la cotidianidad posibilita el movimiento reflexivo y de cambio planeado por los sujetos que logran desapegarse de las condiciones de sumisión y enajenación.

Vale decir, la cultura reprime, comprime, acota, moldea, encauza las energías, las aspiraciones y hasta las mismas percepciones individuales y colectivas. Pero, al mismo tiempo, sin cultura, sin ese gran marco de referencia no hay vida humana. Ni más ni menos: no hay algo así como supervivencia o sobrevivencia para los seres humanos. Y es que formar parte de la cultura (¿y de la barbarie?) constituye lo propio de lo humano, lo que hace sentirnos participantes de algo más, que nos excede o sobrepasa como individuos y, por eso mismo, nos hace posibles (Cerutti, 2010, p. 24).

Las realidades se deben asumir, no se puede desconocer los contextos en los que se desarrolla y se ha desarrollado la naturaleza humana. Se debe permanecer consiente de aquello que no se acepta en la realidad y hacer de las posibilidades gérmenes de cambio real. Construcción conjunta como seres humanos, sería la premisa de lo que se quiere lograr, enaltecer la vida con y desde el otro, define el accionar de cambio. Para Cerutti Guldberg, la cuestión de la utopía como ente movilizador, se asume en un papel de praxis política, como posibilidad de construcción y realidades humanas, referenciadas en los hechos de cambio. Lo cual no niega la estrecha relación que se tiene con el campo ético.

Cerutti Guldberg, se ha ocupado de estudiar, analizar y confrontar el pensamiento filosófico latinoamericano como una posibilidad vigente. Sus intereses no son distantes de los que preocupan a los demás filósofos de la liberación, en relación con la dominación y dependencia. Su teoría acerca del tema se enmarca en la necesidad epistemológica para brindar a la praxis un papel relevante dentro del mismo quehacer filosófico de los pensadores latinoamericanos; en este sentido surge un desarrollo propio de filosofía para la liberación, teniendo en cuenta tres aspectos claves en su desarrollo: 1). el sujeto debe conocer, apropiarse y asumir la realidad en la cual se desarrolla. 2). y de esto depende su actuar, la debe transformar mediante el ejercicio de la crítica, y 3) debe tematizar los principios válidos desde los cuales se logra plantear un cambio.

Para Cerutti Guldberg hablar de una filosofía *en*, hace referencia a una filosofía nacida desde esta región; pero hablar de una filosofía *de*, la hace ejercida, con unos intereses propios, sin desconocer una historia y por lo tanto construyendo un pensamiento desde los sujetos, sus prácticas y saberes.

No obstante, el hecho de hablar de *una* Filosofía de la Liberación cierra tajantemente la posibilidad de estudiar distintas variables las cuales no se pueden dejar de lado en un proceso liberador; por esto centra su discusión y lanza la propuesta ya no en una Filosofía de la Liberación sino en *las filosofías para la liberación*.

Cerutti Guldberg, pasa del plano ontológico al epistemológico al desarrollar dos conceptos: *filosofar - praxis*, en donde la primera pone en movimiento al pensamiento, al filosofar mismo, es decir, construcción constante; y la praxis permite al filosofar ser una acción conscientemente transformadora de su realidad histórica, que para el caso latinoamericano se referencia como utopía de la liberación-filosofar para la liberación.

El fin de lo planteado anteriormente es integrar el pensamiento con la realidad y que éste no se quede tan sólo en abstraerla e interpretarla. El papel de la filosofía es entrar en diálogo plural con la liberación cultural, social, política y económica de Latinoamérica dando forma al proyecto de “filosofías para la liberación”. Al poder interactuar con las múltiples particularidades de pensamiento, se le otorga el papel de filósofos de su propia realidad al pueblo mismo, abriendo la filosofía a la transformación social en términos de igualdad, equidad, solidaridad y liberación latinoamericana.

Esta exterioridad, para ser apreciable, perceptible, supone una “opción ético-política” que es, en el fondo, en el fundamento último, una opción religiosa, creyente, deísta. Es una opción por lo antropológicamente alterativo en tanto que imagen de lo alterativo Absoluto o Divinidad. Divinidad se define por ser, precisamente, lo absolutamente otro (Cerutti, 2006, p. 71).

Este planteamiento posibilita que el filosofar sea comprendido pensar la realidad a partir de la propia historia crítica y creativa para transformarla, realizando un recorrido desde la historia reciente hacia atrás, con lo que se pretende recuperar también las distintas tradiciones de nuestros pueblos. Permitiendo así un filosofar para la liberación que se nombre ya no latinoamericano sino “nuestroamericano”.

Por su parte, la propuesta vitalista de Botero Uribe, se desarrolla en el campo ético, desde el cual realiza un análisis concienzudo con respecto al estado como su máxima expresión de virtuosidad y realización humana. Se contrapone esta idea a lo propuesto por Karl Marx, en tanto enemigo del Estado.

A diferencia de Hegel, Marx piensa que todo Estado es necesariamente Estado de clase, representa, por tanto, intereses del bloque de clases, fracciones y sectores de clase en el poder. Sólo en la sociedad sin clase y sin estado podrán armonizarse los intereses de la universalidad de los ciudadanos (Botero, 2000, p. 78-79).

Si bien Karl Marx propone al individuo como gestor de la emancipación, esta imagen se desdibuja al momento de plantear entes colectivos tales como: clases, partidos, estados, sociedad civil entre otros (Botero, 2000). Para Botero Uribe, la expresión de individualidad se pierde en Marx, ya que al ser relacionada al materialismo histórico, se desconocen las construcciones propias individuales del contexto. De ahí que se tienda a totalizar las reflexiones en la universalidad. Por su cuenta, Friedrich Hegel establece una dialéctica entre universalidad, particularidad e individualidad. “La universalidad la personifica en el Estado; la particularidad está representada por la sociedad civil, *las clases, la propiedad privada, los grupos de interés, etc*”(Botero, 2000, p. 82).

Al desconocer aquella individualidad, se desconoce al hombre mismo en los contextos corrientes desde los cuales forja su razón; lo que, en términos de Botero Uribe, sería razón-no-razón. El tránsito entre ella se complementa, más no se niega, tal como lo hace la irracionalidad. Así, la razón se encarga de crear espacios para el hombre en términos organizativos y de proyección normativa. La no-razón moviliza la reflexión y el pensamiento, lo cual permite orientar diversas oportunidades de cambio.

La articulación razón-no-razón despliega la pluridimensionalidad humana: acción y pulsión; producción y creación; aprendizaje y talento; por eso permite otear perspectivas inéditas; combinar lo conocido, medido, elaborado, con lo vislumbrado, sentido, imaginado con un sentido autocrítico que dé como síntesis lo realizable. La utopía que defiende no conduce a lo utópico sino a lo utopista (Botero, 2004, p. 117).

Siguiendo a Botero Uribe, las utopías no gozan de una forma común para su realización, pues estas pueden contener diferentes proyectos desde los cuales se ejecutan ideas que posibilitan acciones reales. Tal como se evidencia a lo largo de la historia de la humanidad, cada una de ellas han dejado una huella que ha servido de guía para las generaciones posteriores. Cada utopía ha donado una gran industria en la materia, cada utopista dispuesto a caminar por sus estelas proyecta un nuevo amanecer.

Las utopías se plantean como ideas que subvierten el curso que lleva la historia, presentan una nueva racionalidad opuesta a la que se muestra en el presente. Por lo tanto, surgen de necesidades históricas a causa de las formas desiguales e injustas demostradas por los poderes dominantes y totalitarios. Estas deben ser ideas colectivas; ya que, son immanentes a los hombres y es desde la construcción con el otro, en la construcción común, donde se forjan nuevos proyectos de cambio. Muchos han sido los intentos por acabarlas, se desvirtúa su capacidad e importancia, se implantan medidas tales como el miedo, por medio de la violencia, para apagar la llama de la reflexión.

Negar la Utopía equivale a claudicar ante una realidad alienada, ante un proceso histórico crecientemente dominado por la acción instrumental, ante una realidad oprobiosa y mezquina, ante la vida social estrecha y carente de gratificaciones. Plantear el derecho a la utopía es hoy imperativo para un intelectual que quiera seguir luchando por la humanización (Botero, 2000, p.136).

De ahí que el caminar y la vigencia del pensamiento utópico, recobre total validez -si acaso en algún momento no la hubo- en la actualidad. Tal vez se pueden referenciar algunos momentos o usos inadecuados del término, en los que al nombrar la utopía con el uso cotidiano se suelen descalificar las intenciones de cambio, tachándolas de propuestas utópicas de manera peyorativa, refiriendo a sueños irrealizables y/o imposibles.

Pero Cerutti Guldberg, como respuesta a esta propone un uso de lo utópico, como operante en la historia, esto sin negarle la posibilidad individual, de vislumbrar las necesidades del contexto. Dicha cuestión es lo que refiere a la tensión entre lo que está presente aquí y ahora, y lo deseado; entre el pesimismo de la realidad indeseada y el positivismo con miras hacia un futuro regulado

por la justicia. De esta manera, la utopía se ubica en una realidad presente e histórica y el mañana promisorio; por lo tanto, su desempeño se configura en el quehacer actual generador de cambios.

Lo utópico operante en la historia, siempre tiene sentido y, lo que es más importante, brinda sentido a los quehaceres humanos en las más disímiles coyunturas. Siempre hay aspiración a más, angustia por no lograrlo y, a veces felizmente, intentos por hacerlo efectivo en el curso histórico (Cerutti, 2010, p.115).

El fin de la utopía serían pues, un sin sentido. Lo operante en la historia develaría constantemente las negativas en torno a lo dominante, además de darle un sentido en términos futuros. Los niveles en los cuales se plantea la utopía son una escala en la que se construye las propuestas de pensamiento más firmes; de la negación se pasa al imaginario y de este a los hechos reales de cambio. El ser humano, por su condición o naturaleza, siempre perseguirá fines mejores a su situación actual, por este motivo no dejará de señalar un horizonte con posibilidades diversas.

No se trata de evadir las responsabilidades en cuestiones ajenas a la realidad; por el contrario, se buscan alternativas que acompañen el caminar desde nuevas fuentes.

Así, pues, la discusión no se debe ser de orden ontológico; sino que al plantear la necesidad de llevarla a un orden epistemológico no se idealiza al sujeto al punto de no poder ser estudiado; sino que por el contrario se pueda concretar y ser objeto de análisis del pueblo en general, para lograr con esto, ya no solamente una postura o una lectura de la realidad, sino varias formas de pensamiento cuya convergencia conlleven a la liberación latinoamericana, cumpliendo así una función social y epistemológica.

En el campo ontológico, al subordinar la realidad al concepto, no habría una ruptura con el idealismo, por lo tanto, el papel del filósofo quedaría reducido al papel de profeta, enunciando el problema que se está viviendo en el momento mismo, pero sin involucrarse dentro de un proceso de liberación, ya que, no se inmiscuye en la realidad de los pueblos, por lo tanto, no se materializa el problema. Esto sería un primer paso para lograr una liberación política, social, cultural de los pueblos; pero no bastaría con abstraer la realidad e interpretarla, se hace necesario involucrar al pueblo en el pensar histórico, en el filosofar sobre los aspectos ya nombrados y a una diversidad

de pensamientos, para crear una teoría materialista que no excluya ninguna filosofía o tipo de pensamiento que quiera llevar a cabo el proceso liberador latinoamericano en diálogo multidisciplinar y social.

El papel del filósofo latinoamericano es buscar soluciones a los problemas que se presentan en su región develadas a partir de la misma praxis transformadora; práctica que no se aleja ni desconoce su historia, sino por el contrario, la apropia, asume y transforma según sus intereses y necesidades. El apartarse de una tradición que enmarca al filósofo como enunciador de problemas futuros, desconocedor de su historia y ajeno a la cotidianidad, es una tarea que corresponde problematizar, dotándolo de un estatus dominante al límite de exteriorizar los elementos que hacen parte del sistema y con esto alejándose del actuar ellos mismos. Nada más contradictorio para la tarea utopista que plantear un pensar hegemónico, propio de los sectores dominantes.

Por eso, al criticar el sistema imperante se hace evidente una ruptura a nivel epistemológico y político que guía todos los esfuerzos a la libertad integral de pensamiento y con esto se enfoca en los intereses colectivos del presente, sin desconocer los hechos que hacen de esta región un contexto de subordinación, y adoptando una postura frente al quehacer a partir de los elementos que brinda una perspectiva crítica, entendida no solo desde lo teórico, sino en la transformación de las condiciones de realidad.

Este propósito es considerado una utopía, y es eso mismo lo planteado por Cerutti Guldberg, en su teoría acerca del filosofar para la liberación nuestroamericana, se debe tener una utopía para poder soñar en un futuro realizable, abrir caminos hacia una salida a los males que aquejan a la región, marcando posibilidades de construir una realidad distinta a la dominante. Visionando el futuro para las generaciones venideras, resulta necesario pensar en cambiar los modelos hegemónicos con los cuales se ha construido a lo largo de la historia, latinoamericana, la imposición de saberes y prácticas en la región. “Una historia que no podemos cambiar ni juzgar, pero que sí debemos reconstruir críticamente para que el futuro deje de ser una reiteración o más de lo mismo” (Cerutti, 2010, p.19)

Pensar utópicamente pone la tarea de idear las formas posibles para ir más allá de lo que ya está dado; al pensar lo establecido, no se puede afirmar que se cuenta con unas garantías hacia el futuro y por el contrario lo que se puede proyectar es un panorama desolador si no se busca un cambio de sistema, que garantice condiciones benéficas para todos en el presente y preste mayor atención al futuro de la región. “Como horizonte de futuro la utopía cumple la función de orientar la construcción de opciones, cometido propio del quehacer político. La utopía exige ser construida, oponiéndose a cualquier concepción fatalista o mítica de la historia” (Zemelman, 1989, p. 50)

Poder pensar en un futuro, en un mañana igualitario alejado de las presiones y las inequidades, pone una tarea al caminar latinoamericano y a las personas que allí habitan. Asumir este tipo de actitud, hace afrontar una posición crítica, sobre lo que está dado, construir un proyecto con el otro, movilizandolo la historia sin evadirla; vislumbrar un cambio en el quehacer político, comenzando por el campo individual, para pasar al colectivo y así poder construir una sociedad verdaderamente justa, democracia e igualitaria.

El cambio del presente latinoamericano se da, en el momento en que el pensamiento se vuelve crítico –*praxis*- referente al sistema dominante e impuesto y se idealiza una realidad futura distinta a la presente, proyectada desde todos los sectores, desde todas las personas que con sus esfuerzos y esperanzas, harían una Latinoamérica propia con distintas tareas que realizar.

No se proyecta una perfección de región, de modelo o sociedad; se busca es lo mejor, en términos en que lo que está no brinda equidad ni justicia; por el contrario, ahonda cada vez más la diferencias entre unos y otros. Con el fin de lograr una mayor claridad, Cerutti Guldberg diferencia los términos utópico y *lo utópico*; en donde el primero hace referencia al sueño de lo ideal y lo perfecto; así mismo idealizando seres y formas de pensamiento; y lo segundo pone en función crítica la realidad en exploración de lo mejor realizable, conjunta y comunitariamente sin promesas, sin paraísos solo con lo ya sabido de lo existente y la visión hacia un presente mejor, encontrando así la tensión entre lo que está y lo que se quiere.

En el proceso de la historia latinoamericana se han podido ver los levantamientos de los sectores populares, evocando el inconformismo del cual surge la resistencia de los pueblos, evidenciando la poca viabilidad del sistema hegemónico dominante y su intención en mantener el control capital

e intelectual bajo su mirada por medio de la manipulación política poniendo como elemento clave una mal llamada democracia, cuestión que lleva a una insatisfacción de las mayorías, al no tener oportunidad de elegir la manera en la que se representan sus intereses en ningún aspectos. Ahora bien, lo anterior va de la mano en la forma en que los medios, al ser elementos claves del poder, tergiversan el problema. Así, la cuestión pasa de lo moral a lo estructural del poder, al ejercicio pleno en donde los sectores populares se ven sometidos al no-poder a la no elección y participación como mayorías, logrando con esto mantener el control social en todos los aspectos.

Lo anterior llevaría fácilmente a un panorama desolador y a los sectores menos favorecidos a pensar en una anulación del Estado dejándose llevar por los impulsos de desesperación y guiados por el activismo. Como forma valida de resistencia, es deber de estos sectores cavilar por fuera del sistema, idearse medios alternativos de participación democrática y con esto esbozar prácticas políticas de organización colectiva; pasar del no-poder al poder-hacer.

La tensión que se da entre estos dos sentimientos, el inconformismo por lo establecido y el deseo de lo realizable es lo utópico, lo que moviliza en contexto y permite pensar lo realizable teniendo en cuenta los elementos propios latinoamericanos. hacer este ejercicio comunitariamente, es reconocer al otro, reconocer la riqueza cultural que tienen los pueblos latinoamericanos a pesar de haber sido condenados a la marginalidad y dependencia.

Es sabido que, de las situaciones adversas, se abren puertas que brindan oportunidades y posibles soluciones a los hechos. Cada momento histórico cuenta con una realidad insoportable, pero también con ideas realizables que dotan de oportunidades para poder salir de las mismas. Se debe entrar en diálogo con la realidad ya no de una manera individual sino colectiva, proyectándose en una reapropiación de las categorías, reconstruyéndolas para cumplir con el ideal social y político.

Ahora bien, los dos autores hasta aquí trabajados, plantean cada uno posibilidades diversas; cada uno con argumentaciones igualmente válidas para desarrollar sus argumentos en torno a la temática que los recoge. Botero Uribe por su parte, pretende una utopía que ocupa el elemento vital del ser humano, la vida, como factor primordial de su desarrollo; pero lo adjunta a su vez como un

universal, a saber, que cada ser en el universo surge de la fuerza cósmica que lo acompaña, sin apartarlo de esta fuerza incluso después de la muerte, lo que lo vitaliza nuevamente con el cosmos.

¿Responsabilidad individual o colectiva? Si sólo le diéramos validez a la segunda parte de la pregunta, a lo colectivo, podría pasar, como ha solido ocurrir, una especie de lavarse las manos. Al ser de todos, la responsabilidad termina siendo de nadie (Cerutti, 2010, p. 116).

La utopía operante en la historia, partiendo de los seres humanos en relación con y desde el otro, apropiando contextos, para así transformarlos a sus necesidades. Se parte de la idea que lo vigente es dominante y como tal, oprime a los que tiene bajo su mandato; por esta razón es deber soñar e imaginar una realidad posible en donde se encuentren la justicia y la igualdad para el común de los seres. Como señala Hugo Zemelman:

Entendida como expresión de la subjetividad social que incorpora la dimensión futura, la potencialidad del presente, abre un amplio campo de problemas, es aquí donde el imaginario social se despliega formulando y reformulando la relación entre lo vivido y lo posible, entre el presente y el futuro. La utopía transforma el presente en horizonte histórico, mas no garantiza la construcción de nuevas realidades. (...) Es en el plano de la experiencia en el que puede reconocerse la transformación de la realidad, la creación de nuevas realidades (Zemelman, 1992, p. 14)

Ahora bien, estos dos procesos planteados, se distancian, en tanto que para Botero Uribe la utopía pierde la forma y toda validez al hacer parte de un proyecto político, ya que debido a este se vician los anhelos comunes perdiendo su vitalidad. Las utopías de este modo se tornarían dogmáticas, marchitas ideas que se generalizan en el común de los seres sin conciencias; los ejemplos de esto se narran de la manera más cruel: la igualdad, la justicia, la verdad, entre otros tanto que se puedan vislumbrar.

Cerutti Guldberg, por el contrario, aporta al panorama apocalíptico un tinte de esperanza. La realización pues de la utopía se debe llevar a cabo en el plano político, como último fin para su realización. Antes de ello, el ser humano tuvo que haber hecho conciencia de su situación y con

esto planear y planificar acciones de cambio desde las cuales movilizar los pensamientos y los actos de las personas oprimidas. Lo anterior lo logra sin dejar de lado su historicidad y lo que lo llevó a este punto crucial de posibilidades.

Al unir las dos posturas se llega al punto de vitalizar todo lo que rodea al ser humano, entendiendo esto como una relación íntima con el cosmos que reúne las vivencias pasadas, presentes y futuras. El campo ético no se puede desprender de ello, ya que, si bien su análisis es individual, la conciencia de este, apunta a una responsabilidad y co-responsabilidad de los actos humanos en los cuales se ve reflejada la totalidad de los seres que acompañan el presente y serán fuente de futuro.

No es posible continuar invisibilizando discursivamente las condiciones que han llevado a estos extremos. No se trata ahora de argumentar si la situación es conflictual o contradictoria, el punto es que en aras de asumir nuevos discursos se están creando nuevas realidades. Es tan obsoleto reducir el problema a una interpretación anacrónica, como pretender acomodarlo a interpretaciones despolitizadas. En ambos casos, las realidades desbordan los marcos interpretativos.

Se hace necesario luchar por una dignidad humana y el ejercicio propio de la razón, que en sentido estricto cada vez más es garantía de unos pocos y las mayorías son simplemente instrumentos para seguir manteniendo la desigualdad de los pueblos. Es decir, la lucha por el reconocimiento humano y el derecho al uso de razón propio; buscar las formas para encontrar salidas a las fronteras que pone el poder imperante en la región para hacer factible el poder-hacer como sujetos y como comunidad. Así pues, el llamado que hace Cerutti Guldberg es a realizar lo “imposible” en la historia y no en la fantasía, tal como numerosos sucesos de la historicidad nuestroamericana lo han demostrado. Abriendo caminos hacia lo que es la realidad latinoamericana, se puede ver con una supuesta claridad del por qué las situaciones que agobian a los habitantes de la región no se han podido ver superadas en su praxis, para así tener un camino claro a seguir en la consecución del cambio que se hace necesario.

En este sentido, la educación interviene dejando una huella en cada uno de los individuos y estos a su vez reflejándola en una colectividad, al ser reproductora de saberes colonizadores, que despojan del sentido humano a los seres que “educan” y desvían sus propósitos imponiendo un

estado de aletargamiento alejado del contexto. Al imponer fronteras, disciplinar, frenar impulsos, dominan el espíritu crítico y por lo tanto sus manifestaciones de inconformidad y cambio; esto conlleva a crear y mantener sociedades pausadas, sumisas, obedientes, fácilmente adaptables a contextos y realidades, que si bien no son propias se asumen como tal de manera conforme. La cultura latinoamericana se encuentra llena de malestares: ocupación, barbarie, dominación por lo que se hace necesario plantear y proyectar un cambio.

Una de las salidas que propone Cerutti Guldberg es subvertir el orden establecido, desescolarizar, deseducar sin dejar de lado la realidad que si bien es impuesta hace parte de la esencia latinoamericana. Estimular el aliento crítico y que esto a su vez cree en la colectividad el sentimiento de resistir, de frenar la avanzada dominadora, en cada uno de los actos diarios, sentir inconformismo por lo que pasa día a día, engrandece el ser latinoamericano libre y digno en todos los campos de su realidad, la resistencia a lo cotidiano es el motor que posibilita y permite pensar en crear un cambio.

En conclusión, los compromisos ideológicos con los que cuenta cada uno de los autores, no niegan la posibilidad de construir conjuntamente el camino emancipatorio tan urgente para los pueblos latinoamericanos. Horacio Cerutti desde una marcada línea de militancia marxista, refiere a las utopías concretas, al igual que el filósofo Ernest Bloch, quien forma parte importante al momento de concretar su propuesta utópica. Así el nivel de enunciación de su propuesta se refleja desde la misma praxis política en búsqueda de la emancipación de los pueblos oprimidos por la realidad dominante. Por su cuenta Darío Botero, luego de tener una cercanía importante con las propuestas de las teorías críticas fundamentadas en el marxismo, toma distancia de estas, centrando su lugar de enunciación desde la no-razón, en búsqueda de una liberación de orden ontológico, y si se quiere, mística, desde la cual se lanza la propuesta de una reformulación ética, de construcción conjunta, con esto extrapolar las mentes alienadas por una conciencia individualizada.

Los caminos están propuestos, la idea de lo utópico permite pensar en la criticidad aflorando el sentimiento de inconformismo, y la resistencia a no permitir más los deseos de dominación y subyugación por parte de unos pocos asentados en el poder. Pensar en lo utópico de esta manera vislumbra un caminar, asiste al cambio que no necesariamente va a ser el mejor. El panorama es

incierto, pero de ninguna manera desolador. El simple hecho de pensar en un presente digno, es motivo para alentar los espíritus urgidos de libertad a la praxis, al poder-hacer de lo soñado una realidad palpable, que si bien, se es fuerte en Latinoamérica, resulta innegable que estas mismas condiciones las padecen un sin número de naciones aquejadas por el poder dominante.

Cada sujeto se debe responsabilizar de sus actos y de las personas que lo rodean; lograr lo propuesto y hacer real el sueño de muchos, debe ser tarea de lo cotidiano, construir día a día la identidad nuestroamericana. Y es que no podría ser otro el camino trazado por los dos autores se hace evidente la intención que cada uno reconoce en el desarrollo de sus propuestas; buscar un pensamiento original y auténtico para Latinoamérica. Las utopías no han muerto y de hacerlo se revitaliza con un mejor aspecto. Tal como lo nombra Darío Botero Uribe, “Las utopías han muerto, viva la Utopía”.

Referencias

Bloch, E. (2007) *El Principio esperanza*. Madrid, España: Trotta.

Bolívar, S., *Carta de Jamaica*. (1989). En: Temas de Filosofía Política Latinoamericana. Bogotá: El Búho.

Botero, D (2000) *El derecho a la utopía*. Santafé de Bogotá, Colombia: Ecoe.

Botero, D (2004) Cosmos, hombre y utopía. *Palimpsestvs*. (4). 114-121.

Botero, D. (2005) *Teoría social del derecho*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.

Cerutti, H. (2011) *Doscientos años de pensamiento filosófico Nuestroamericano*. Bogotá D.C, Colombia: Ediciones desde abajo.

Cerutti, H. (1986) *Ensayos de utopía (I y II)*. Toluca, México: Universidad Autónoma del Estado de México.

Cerutti, H. (2006) *Filosofía de la Liberación Latinoamericana*. México D.F, México: Fondo de Cultura Económico.

Cerutti, H. (2010) *Utopía es compromiso y tarea responsable*. Monterrey, México: Colección. Altos Estudios N° 17.

Cerutti, H. (2013) *Memoria, Justicia y Utopía. Diálogos filosóficos e interdisciplinarios*. Conferencia en el XV Congreso Internacional de Filosofía Latinoamericana. Bogotá: Universidad Santo Tomás.

- Codero, M. (2016) *Del anhelo utópico a la utopía política*. Barcelona: XIV Coloquio Internacional de Geocrítica. Las utopías y la construcción de la sociedad del futuro.
- Fernández, J. (1999) *La identidad cultural de América Latina en su literatura*. En: Guadarrama, P., Despojados de todo fetiche: Autenticidad del pensamiento marxista en América Latina. Santa Clara, Cuba: Unnınca.
- Ingenieros, J. (1989). *Por la unión latinoamericana*. En: Temas de Filosofía Política Latinoamericana. Bogotá, Colombia: El Búho.
- Marquínez, G. (1986). *¿Qué es eso de filosofía latinoamericana? Introducción al filosofar*. Bogotá, Colombia: El Búho.
- Martí, J. (1989). *Nuestra América*. En: Temas de Filosofía Política Latinoamericana. Bogotá, Colombia: El Búho.
- Mariátegui, J. (1989). *La unidad de la América Indo-española*. En: Temas de Filosofía Política Latinoamericana. Bogotá, Colombia: El Búho.
- Moro, Tomás (1980) *Utopía. América latina*. Argentina.
- Mannheim, K. (1993) *Ideología y utopía introducción a la sociología del conocimiento*. México, México D.F: Fondo de Cultura Económica.
- Niño, Ángela, (2007) *La identidad latinoamericana entre la utopía y la antiutopía Una aproximación mitocrítica desde Pedro Páramo*. Bogotá D.C. Universidad Santo Tomás Facultad de filosofía y letras.
- Pitch, G. (1974) *Frente a la utopía*. Barcelona, España: Plaza & Janés.
- Popper, K. (2010) *La sociedad abierta y sus enemigos*. España, Barcelona: Paidós Iberica.

Popper, K. (1991) *Conjeturas y refutaciones*. España, Barcelona: Paidós Básica.

Ricoeur, P. (1989) *Ideología y utopía*. España, Barcelona: Gedisa editorial.

Santana, Joaquín (2006) *Utopía, identidad e integración en el pensamiento Latinoamericano: Valoraciones críticas*. Universidad de la Habana. Cuba.

Zea, L., (1989). *La Filosofía Americana como una Filosofía sin Más*. México: Editorial.

Zemelman, H. (1989) *De la Historia a la política*. México, México D.F: Siglo XXI.